

Capítulo 7-Los regalos del Reino.

Introducción

Dos temas importantes serán nuestro enfoque en este, el séptimo movimiento de nuestra sinfonía. El primero es la unidad, con la discusión que procede de la Unidad del Cielo y termina con su reflejo a través del perdón y la curación. El segundo tema es el papel del cuerpo en la estrategia del ego. Como nosotros sabemos, el ego fabricó el cuerpo, el símbolo de la separación y lo opuesto a la unidad, para demostrar que la separación es real. Este objetivo se logra de dos maneras significativas: ataque y enfermedad. Veremos cómo el ego se defiende de la verdad de la unidad por su creencia en la separación y las diferencias, y luego cómo el perdón corrige estos pensamientos de ataque, sanando al deshacer los pensamientos de enfermedad. Nuevamente, tanto el perdón como la curación reflejan la Unidad de Dios, personificada por el Espíritu Santo en nuestras mentes correctas.

La Unidad de Dios

(I.1: 1-4) El poder creativo de Dios y el de Sus creaciones es ilimitado, pero no existe entre ellos una relación recíproca. Te comunicas plenamente con Dios, tal como Él se comunica contigo. Es éste un proceso continuo que compartes con Él, y por el hecho de que lo compartes, te sientes inspirado a crear como Él crea. En la creación, no obstante, no existe una relación recíproca entre tú y Dios, ya que Él te creó a ti, pero tú no lo creaste a Él.

Estas son palabras dualistas para representar una verdad que está totalmente más allá de la dualidad. Jesús corrige la noción fundamental del ego de que es más fuerte que Dios. Cuando el Hijo creyó que se separó de su Fuente y estableció un reino externo mejor que el Reino interno, estaba, en efecto, diciendo: "Yo soy Dios. Él no es la Primera Causa, yo lo soy". Como vimos

anteriormente, el ego proclama que es su propio creador, lo que significa que ahora somos creados por nosotros mismos en lugar de creados por Dios. Cuando Jesús dice que Dios nos creó, pero que nosotros no lo creamos a Él, él está deshaciendo el núcleo del arrogante y loco sistema de pensamiento de separación y autonomía del ego. En verdad, no hay Dios ni Cristo en el Cielo, no hay Creador ni creado. Una vez más, estos términos dualistas nos hablan en nuestra condición dualista, y están destinados solamente a expresar, simbólicamente, la perfecta unidad del Cielo que yace más allá de todos los símbolos.

(I.2: 3) De la misma manera en que el Pensamiento creador de Dios procede de Él hacia ti, así tu pensamiento creador no puede sino proceder de ti hacia tus creaciones.

Como he mencionado antes, el término creaciones nunca se define realmente en Un Curso de Milagros. Como un símbolo de creación o extensión, el cual no tiene nada que ver con el mundo del tiempo y el espacio, creaciones no puede ser entendido por nosotros; nuestro lenguaje

dualista apunta a lo que está más allá de la comprensión terrenal. Dios se

extiende a Sí Mismo y a Su Amor, y esa extensión se llama Cristo.

Como

Cristo es parte de Dios, Él comparte la capacidad de Su Creador para extender Su Amor y Su Ser, y estas extensiones se llaman creaciones.

Aunque hablamos de Dios, Cristo y las creaciones, Ellos son verdaderamente uno, no deben ser tomados como una verdad literal o buscados en la

mente o en otro lugar. Jesús simplemente usa símbolos para expresar el

proceso continuo de extensión del amor que ocurre en la dimensión transespacial y trans-temporal de la realidad.

(I.2: 4-6) Sólo de esta manera puede extenderse todo poder creativo.

Las obras de Dios no son tus obras, pero tus obras son como las Suyas.

Él creó a la Filiación y tú la expandes.

En otras palabras, Dios nos creó; nosotros no lo creamos a Él. No obstante,

creamos como Él. Es importante tener en cuenta que la expansión no significa cuantitativamente, sino que es una metáfora espacial utilizada para representar un proceso no-espacial. Después de todo, Dios no creó una cierta cantidad de amor, a lo que agregamos más amor. Perfecto, infinito y completo, el amor no puede aumentarse, como tampoco puede disminuirse.

Él simplemente es.

(I.2: 7-9) Tienes el poder de acrecentar el Reino, aunque no de acrecentar a su Creador. Reivindicas ese poder cuando te mantienes alerta sólo en favor de Dios y de Su Reino. Al aceptar que tienes ese poder, aprendes a recordar lo que eres.

Nuevamente, no somos el Creador sino Su creación. Creer lo contrario – es

decir, que somos Dios – simplemente refleja el problema de autoridad del

ego, un tema ahora familiar que revisaremos más adelante. Además, nunca

podremos aceptar nuestro Ser creado y recordar que somos co-creadores

con Dios si no sabemos que tenemos una mente. Este es el punto de la estrategia del ego: hacer que mantengamos una vigilancia constante hacia

los problemas, mientras que el verdadero problema de la decisión mental

por la culpabilidad pasa desapercibido y no se corrige.

(I.3) A tus creaciones les corresponde estar en ti del mismo modo en que a ti te corresponde estar en Dios. Tú eres parte de Dios, tal como tus hijos son parte de Sus Hijos. Crear es amar. El amor se extiende hacia afuera simplemente porque no puede ser contenido. Nunca deja de fluir porque es ilimitado. El amor crea para siempre, aunque no en el tiempo. Las creaciones de Dios han existido siempre porque Él ha existido siempre. Tus creaciones han existido siempre, porque tú sólo puedes crear como Dios crea. La eternidad es tuya porque Él te creó eterno.

Estas declaraciones son diferentes formas de expresar la Unidad del Cielo.

Como solía decir mi esposa Gloria en sus clases, "la Unidad no es la

dualidad". La existencia del ego estableció el estado de "dualidad", en el que solo existe la dualidad: Dios y Su Hijo separado. De esa división original nosotros continuamos separándonos y fragmentándonos. En el Cielo, por supuesto, no es así, y aunque su Unidad no es comprensible aquí, su estado de unidad perfecta, como hemos visto, puede reflejarse en nuestro mundo dualista a través del perdón y la curación. La extensión del amor se expresa en un mundo de cuerpos a través de nuestras decisiones de perdonar, en donde eliminamos los bloqueos a la Presencia del Espíritu Santo en nuestras mentes, permitiendo que Su Amor fluya a través de nosotros. Este es el significado de la curación, porque la extensión del amor deshace la creencia en intereses separados que es el núcleo de la defensa del ego de las relaciones especiales.

(I.4: 5-8) Disponer lo mismo que Dios es crear como Él. Dios no limita en modo alguno Sus regalos. Tú constituyes Sus regalos, por consiguiente, tus regalos son necesariamente como los Suyos. Los regalos que le haces al Reino no pueden sino ser como los regalos que Él te hace a ti.

Para decirlo una vez más, estas palabras son simplemente símbolos dualistas que reflejan nuestro estado eterno – "una Unidad unida cual Una

sola" (T-25.I.7:1) – siendo pasajes que nos hacen sentir bien con nosotros

mismos; por ejemplo, que somos el regalo de Dios y que Él es el nuestro.

Necesitamos darnos cuenta de que Jesús no está hablando de nada en este

mundo. Sus palabras simbólicas nos devuelven a la Expiación en nuestras

mentes, la aceptación de lo que nos lleva al estado que siempre ha sido,

pero que en nuestra locura creímos que lo habíamos abandonado.

(I.5: 1) Yo le di al Reino únicamente amor porque creí que eso era lo que yo era.

Utilizándose a sí mismo como ejemplo, Jesús nos dice que cuando nuestras mentes se identifiquen con el amor, el amor se extenderá a través de nosotros. Pero cuando nos identificamos con la culpa, esto también se extenderá (o proyectará).

(I.5: 2-3) Lo que tú crees ser determina los regalos que haces, y si Dios te creó extendiéndose a Sí Mismo hasta dar lugar a lo que eres, sólo puedes extenderte a ti mismo tal como Él lo hizo. Sólo la dicha aumenta

eternamente, pues la dicha y la eternidad son inseparables.

La dicha de la que se habla en Un Curso de Milagros no tiene contraparte

en este mundo, en el sentido de cómo generalmente la definimos, que es la

felicidad que sentimos cuando obtenemos lo que queremos. En el Cielo, la

dicha es un estado continuo, otro término para representar el estado eterno

del Reino: la creación o extensión.

(IX.3: 1-3) Extender el Ser de Dios es la única función del espíritu. Su llenura no puede ser contenida, de la misma manera en que la llenura de su Creador no se puede contener. La llenura es extensión.

La llenura es otra palabra para totalidad o abundancia, la condición de la

Unidad perfecta de la creación, en contraste con la escasez o carencia del

ego, que es la condición de la separación. El espíritu continuamente extiende su llenura, mientras que el ego proyecta su nada inherente en una

continua actividad de nada.

(I.5: 4-6) Dios se extiende hacia afuera, más allá de todo límite y más allá del tiempo, y tú que eres co-creador con Él, extiendes Su Reino eternamente y más allá de todo límite. La eternidad es el sello indeleble

de la creación. Los eternos son felices y viven en paz eternamente.

Dicho de nuevo, el proceso de extensión de Dios trasciende totalmente el

tiempo y el espacio. Cuando tiramos lejos los dones eternos del Cielo de

paz y alegría, hicimos imposible entender a Dios y a Su creación. El

Espíritu Santo refleja el amor del Cielo al enseñarnos el significado del perdón, "Traducir lo que no tiene significado a lo significativo":

(I.6) Pensar como Dios es compartir Su certeza acerca de lo que eres, y crear como Él es compartir el Amor perfecto que Él comparte contigo.

Hacia esto te conduce el Espíritu Santo, para que tu dicha sea total porque el Reino de Dios es íntegro. He dicho que el último paso en el redespertar al conoci-miento lo da Dios. Esto es verdad, pero es difícil de explicar con palabras porque las palabras son símbolos, y lo que es verdad no necesita explicación. El Espíritu Santo, no obstante, tiene la tarea de traducir lo inútil a lo útil, lo que no tiene significado a lo significativo y lo temporal a lo eterno. El Espíritu Santo puede, por consiguiente, decirte algo acerca de este último paso.

Utilizamos los símbolos del mundo – en este caso, el mundo religioso – para reflejar el proceso de movi-miento desde las ridículas ilusiones del ego

hasta la sublime verdad del Cielo, desde nuestro yo temporal al Ser intemporal que Dios creó. Es un proceso que aparece en el tiempo y avanza

por pasos, por lo cual se nos informa sobre el último paso de Dios (el título

de esta primera sección) que se discutió brevemente al final del Capítulo 6.

Este es otro lugar en Un Curso de Milagros donde Jesús nos informa que no

está hablando en el nivel de los hechos, sino en el de los símbolos: lo que es

verdad no necesita explicación. El papel del Espíritu Santo de traducir nuestros símbolos inútiles en herramientas significativas de retorno se discutirá a continuación.

(I.7: 1-2) Dios no da pasos porque Sus obras no se realizan de forma gradual. No enseña, porque Sus creaciones son inalterables.

En otras palabras, Dios no sabe nada del ego o de su mundo separado.

Él no

sabe que hay cosas que necesitamos desaprender. Dios es solo Dios: Amor

perfecto, Unidad e Integridad, y no es nada sino ese Amor, Unidad y Totalidad. Todo lo demás está fuera de Su Mente, y, por lo tanto, es ilusorio

e incognoscible para Él.

(I.7: 3-4) No hace nada al final, porque Él creó primero y para siempre.

Debe entenderse que la palabra “primero”, cuando se aplica a Dios, no es un concepto temporal.

Si la palabra primero no es un concepto del tiempo, es inherentemente algo

sin significado, ya que su significado solo se encuentra dentro de una dimensión temporal ilusoria: hay un primero, seguido de otra cosa. Por ejemplo, si un estudiante es primero en su clase, debe haber otros que sean

segundos, terceros, etc. Las palabras de Jesús no están destinadas a ser

tomadas literalmente, un tema que discutimos en el Preludio y a las cuales

volveremos muchas veces en nuestra sinfonía. Una regla útil al leer Un Curso de Milagros es que cualquier cosa dualista debe ser entendida simbólicamente. Hablar de Dios como una Persona Que se relaciona con

nosotros es hablar de manera dualista – Dios y nosotros. Las declaraciones

que reflejan el mundo temporal-espacial también deben tomarse solo como

símbolos. Dios no es simbólico; Él es un Hecho que nosotros solo podemos

conocer indirectamente a través de símbolos.

(I.7: 5-7) Él es el primero en el sentido de que es el Primero en la Santísima Trinidad. Es el Creador Principal porque creó a Sus cocreadores. De ahí que el tiempo no le ataña a Él ni a lo que Él creó. Dentro de la Trinidad, no hay una primera, segunda o tercera Persona. Jesús

usa el lenguaje Trinitario del Cristianismo porque ese es el lenguaje del mundo para el cual está escrito su curso. En verdad, como hemos visto,

estos son meros símbolos porque no hay Padre, Hijo o Espíritu Santo.

Nuestra experiencia es de una Trinidad – ¡una ayuda en nuestra experiencia,

de hecho! pero su único propósito real es ayudarnos a ir más allá de los

símbolos, a la experiencia de la Unidad viviente y amorosa de Dios, en la

que sabemos que nada existe fuera de ella. Como una creación de Dios,

nuestra verdadera realidad y nuestro Ser están fuera del tiempo, y Jesús claramente no está hablando de nuestro yo físico-psicológico cuando habla de nosotros como Cristo, co-creador con Dios.

(I.7: 8-10) Por lo tanto, el “último paso” que Dios dará fue cierto al principio, es cierto ahora y será cierto eternamente. Lo que es eterno está siempre presente porque su ser es eternamente inmutable. No cambia al aumentar porque fue creado para expandirse eternamente. Para repetir, aumentar es un símbolo de la abundancia del amor, en el sentido de que lo es todo, lo único que hay. Esto significa que nada sucedió

ni intervino entre Dios y Su expansión, Su Hijo. Las ideas no abandonan su

fuente: el Hijo inmutable de Dios nunca podría haber abandonado su inmutable Fuente, ya que, de no ser así, habría cambiado para siempre su

Ser eterno para convertirse en una criatura del tiempo en constante cambio,

presa del destino inevitable de la decadencia gradual y la muerte segura.

(I.7: 11-12) Si no percibes su expansión significa que no sabes lo que es,

ni tampoco Quien lo creó.

Eso incluye a todos los que desconocemos a nuestro Creador y Su extensión. Seguimos siendo ciegos prisioneros de nuestra propia decisión

de mentalidad-errada de existir en el mundo de la percepción. Hay relativamente pocos pasajes como este en el texto porque no podemos entender la Unidad del Cielo. Pero hay muchos pasajes, como veremos, sobre el reflejo de esta Unidad.

Finalmente, leemos sobre la ley de la creación:

(II.3: 4-9) En el Reino ni se enseña ni se aprende porque en él no hay creencias. Tan sólo hay certeza. Dios y Sus Hijos, en la certeza de ser, saben que eres lo que extiendes. Esa extensión de la ley no se puede adaptar a nada porque es la ley de la creación. Dios Mismo creó la ley al crear mediante ella, y Sus Hijos, que crean de la misma manera que Él, la acatan de buen grado sabiendo que la expansión del Reino depende de ella, tal como de ella dependió su propia creación.

La certeza de Dios se encuentra en Su creación, tan cierta como su Fuente.

La extensión de Dios, Cristo, asimismo se extiende en un círculo de creación que no tiene fin ni principio. Dios, como el amor, simplemente es.

Sin embargo, debido a que creemos en las mentiras de separación y especialismo del ego, necesitamos que nos enseñen a ver a través de los

velos de engaño del ego, aprendiendo a aceptar que el principio de Expiación – que la separación nunca ocurrió – es la verdad. La certeza del

Cielo no se puede enseñar, pero podemos aprender a eliminar los obstáculos

de la culpa y el ataque que han obstaculizado nuestro recuerdo del Ser creador que Dios estableció como Su Hijo.

El principio de Expiación

Estas son algunas de las muchas referencias al principio de Expiación.

Siempre es útil recordar con qué frecuencia se repite este tema en nuestra sinfonía.

(IX.3: 7) Puede que no conozcas tus propias creaciones, pero eso no puede afectar su realidad, de la misma forma en que ser inconsciente de tu espíritu no afecta en modo alguno su ser.

Esta es otra forma de enunciar el principio de Expiación: la separación no

tuvo efecto, lo que significa que nunca sucedió. No importa lo que creíamos

mientras dormíamos y soñábamos con la separación (pecado, culpa, miedo,

ataque y muerte), no tuvo efecto en la realidad. Cuando nuestros ojos se

abren al fin y nosotros despertamos del sueño, sabremos que la creación se

ha mantenido como siempre fue.

(IX.5: 1) Tus creaciones están protegidas porque el Espíritu Santo, que se encuentra en tu mente, las conoce y las puede llevar a tu conciencia

siempre que se lo permitas.

El Espíritu Santo es el Pensamiento dentro de nuestras mentes que llevamos

con nosotros cuando nos dormimos, el recuerdo de Quiénes somos como

Cristo, la extensión del amor. Como la extensión de Su Ser, el Amor creativo de Dios fluye a través de nosotros como nuestras creaciones, excepto que no hay "nosotros" para que fluya a través de nosotros; siempre

permanecemos tal como Dios nos creó, el Cristo impersonal Cuyo Ser nunca ha abandonado la Unidad indiferenciada de Su Fuente.

(IX.6: 5-7: 1) Desobedecer la Voluntad de Dios es algo que sólo tiene sentido para los dementes. En realidad, es imposible. La llenura de tu Ser es tan ilimitada como la de Dios, y al igual que la Suya, se extiende en paz perfecta y para siempre. Su esplendor es tal que crea en perfecta

dicha, y de Su Plenitud sólo lo pleno puede nacer.

Ten por seguro que nunca perdiste tu Identidad, ni tampoco las extensiones que la mantienen en un estado de plenitud y de paz.

Este pasaje refuta directamente la noción bíblica del pecado original, el fundamento del Viejo y el Nuevo Testamento. Refleja el principio de Expiación de que la Voluntad unificada de Dios solo puede ser desobedecida en sueños. El pecado nunca sucedió porque pecar contra la Unidad

viviente y amorosa de Dios es imposible. Sin embargo, el ego es el loco intento de contrarrestar esta verdad, y no queremos que nos digan que creer

que estamos separados es una locura. Queremos existir como un ser separado, no ser como Cristo: nuestra verdadera Identidad como el Hijo

creado y creador de Dios.

(X, 2: 1-5) No cabe duda de que puedes aceptar en tu mente lo que no se encuentra en ella, así como también negar lo que sí se encuentra en ella. Sin embargo, aunque puedes negar la función que Dios Mismo le encomendó a tu mente a través de la Suya, no puedes evitar su expresión. Esa función es la conclusión lógica de lo que eres. La capacidad para ver la conclusión lógica de algo depende de que estés dispuesto a verla, pero la verdad de esa conclusión no tiene nada que ver con que estés dispuesto. La verdad es la Voluntad de Dios.

Somos libres de creer lo que queramos, pero no somos libres de hacer real

lo que no lo es. Nosotros no podemos convertir la realidad en ilusión, ni la

ilusión en realidad, aunque creemos que podemos. La función que Dios le

dio nuestras mentes a través de la Suya es para ser creadora. Este es nuestro

estado natural como espíritu, el cual la Expiación nos enseña que es imposible para todas las ilusiones. Dentro del sueño de la separación podemos negar la verdad, pero no tenemos el poder para evitar que su realidad sea ella misma. La verdad es la Voluntad de Dios, y nada más. (VI.11: 10-11) Tú no puedes hacer que lo que no tiene sentido lo tenga. Eso no sería más que un intento demente.

Este es nuestro paso hacia la estrategia del ego. El principio de Expiación

dice que no hay forma de que podamos tomar lo que tiene sentido y volverlo sin sentido. De la creencia de que podemos, surgió el loco pensamiento de separación. El miedo del ego, como hemos visto repetidamente, es que en algún momento nos volvamos sensatos y nos

demos cuenta de que nuestras mentes tomadoras de decisiones eligieron al

maestro equivocado, lo que hizo que las cosas fueran tan terribles que nunca podrían mejorar. Esto nos lleva a concluir que debe haber otro maestro cuyo sistema de pensamiento podamos decidir aceptar. Llegar a

este reconocimiento es el temor definitivo del ego, el terror de la elección

de la mente por la Expiación.

El miedo del ego a la Expiación.

Este movimiento particular de nuestra sinfonía proporciona la exposición

más clara y detallada del plan del ego para mantenernos sin mente, lo cual

nace de su miedo a que sin la mente no sea nada. La única manera de que

este curso tenga sentido, teórica y prácticamente, es reconocer el miedo que

es la fuente de esta estrategia inteligente. Todos los problemas del mundo –

los colectivos, de guerra, hambre y muerte, y los personales, de la supervivencia diaria – son ejemplos del plan del ego para convencernos de

que los problemas están fuera de la mente tomadora de decisiones, de la cual el ego tiene tanto miedo.

(III 2: 4) ¿Cómo ibas a percibirte a ti mismo como si no formases parte del significado de Dios cuando tú mismo eres ese significado?

La respuesta es que nos ausentamos de la mente porque el significado de

Dios, que es lo que somos, solo se puede encontrar allí. Si estamos en el

estado sin mente y sin sentido del cuerpo, no hay manera podemos recordar

nuestra Identidad. Debido a esto, el ego nos impulsa continuamente a buscar fuera de la mente en los problemas del mundo y sus soluciones.

(III 2: 5-6) Sólo si te consideras irreal puedes percibirte a ti mismo como separado de tu significado. Por esto es por lo que el ego es demente: te enseña que no eres lo que eres.

Esto explica por qué ser una ilusión es un tema principal en Un Curso de

Milagros. El cuerpo y el pensamiento que lo fabricó son irreales. El ego está

loco porque niega la única cordura, el pensamiento de Expiación que dice

que la separación nunca sucedió. Si el pensamiento del ego en sí mismo,

separado y dualista, está loco, todo lo que proviene de él, separado y dualista, también debe estar loco, incluidos nosotros: la locura no abandona su fuente.

(III 2: 7-11) Eso es tan contradictorio que es claramente imposible. Es, por lo tanto, una lección que no puedes aprender realmente, y que, por consiguiente, no puedes realmente enseñar. Más siempre estás enseñando. Tienes, entonces, que estar enseñando otra cosa, a pesar de

que el ego no sabe lo que es. El ego, pues, está siendo des-hecho continuamente, y sospecha de tus motivos.

El tú y tus no se refieren al yo que creemos que existe en el mundo – no hay

un yo físico – sino a la parte tomadora de decisiones de la mente. El tú al

que Jesús se dirige es el tomador de decisiones, el ser con el que él quiere que nos pongamos en contacto porque es el único lugar donde puede haber un cambio significativo al elegir de nuevo. Solo en nuestra elección por la mentalidad-correcta se encuentra la salvación del ego y de su loco sistema de pensamiento de culpa, ataque y muerte.

(III 2: 12) Tu mente no puede estar unificada cuando le es fiel al ego porque la mente no le pertenece a él.

En cierto sentido, el ego nos atrapó al principio cuando lo elegimos por primera vez, porque la mente dejó de ser un tomador de decisiones y se

convirtió en un ego, enterrando la otra parte de la mente: la mente correcta.

Tememos a Jesús y su curso porque nos devuelven al tomador de decisiones

que puede elegir contra el ego ("la mente no le pertenece a él"), que aún

trata de hacernos creer que somos quienes no somos.

(III 2: 13-14) Sin embargo, lo que para el ego es "traición", para la paz es lealtad. El "enemigo" del ego es, por lo tanto, tu amigo.

Traición para el ego es su creencia de que nuestras mentes elijan en contra

de él. Nuestro único amigo real es el poder del tomador de decisiones para

elegir la Expiación sobre la separación. Sin embargo, siempre y cuando nos

identifiquemos con el yo separado, estaremos de acuerdo con la percepción

del ego del bien y del mal. El bien apreciado refuerza nuestra individualidad

y especialismo, mientras que el mal temido representa lo contrario del especialismo: la naturaleza todo-inclusiva del perdón y el milagro.

(III.4: 1-2) Estar en el Reino quiere decir que pones toda tu atención en él. Mientras sigas creyendo que puedes prestar atención a lo que no es cierto, estarás eligiendo aceptar el conflicto.

El ego redirige nuestra atención hacia sí mismo en el mundo. Cuando creemos que podemos prestar atención a lo que no es cierto, nuestros

problemas e inquietudes, elegimos estar en conflicto y no recordaremos la

Expiación que por sí sola es verdad. Recordemos nuestra discusión anterior

de que el conflicto existe solo dentro de la mente, aparentemente entre el

ego y el Espíritu Santo, un conflicto que aceptamos como real.

Intentando

derrotar al Espíritu Santo al proyectar este sistema de pensamiento loco en

el mundo, nos volvemos sin mente. Esta locura, sin embargo, no tiene ningún efecto sobre la realidad del Reino libre de conflictos, que pacientemente espera nuestro regreso a través del milagro amable y amoroso del Espíritu Santo.

(III.4: 3-10) Mas, ¿es esto realmente una elección? Parece serlo, pero las apariencias y la verdad no pueden ser lo mismo. Tú, que eres el Reino, no tienes nada que ver con las apariencias. La realidad es tuya porque tú eres la realidad. De esta manera es como en última instancia tener y ser se reconcilian en tu mente, no en el Reino. El altar que se encuentra allí es la única realidad. El altar es perfectamente inequívoco

en el pensamiento porque es un reflejo del Pensamiento perfecto. Tu mente recta ve únicamente hermanos porque ve únicamente en su propia luz.

Jesús nuevamente trae la idea del reflejo. El altar en nuestras mentes está

perfectamente claro porque contiene el único pensamiento verdadero de la

mente: la Expiación que refleja el Pensamiento perfecto del Amor de Dios.

Vemos aquí, incidentalmente, ecos de la distinción de Platón de hace veinticinco siglos entre la apariencia (o aparente) y la realidad, un pensamiento seminal tanto en filosofía como en Un Curso de Milagros.

La

decisión de elegir la realidad aparente del pensamiento oscuro del juicio no

tiene efecto en la realidad de la luz que brilla en cada uno de nosotros, cuyo

reconocimiento es la consumación del perdón. Es nuestra elección de esta

luz del amor en la mente, a la que el ego teme tanto, porque su conocimiento total deshace el ego, como nosotros ahora leemos: (VI.4) El ego no puede permitirse saber nada. El conocimiento es total, y el ego no cree en totalidades. En este descreimiento estriba su origen, y aunque el ego no te quiere, le es fiel a sus propios antecedentes, y engendra tal como fue engendrado. La mente siempre se reproduce tal como fue producida. El ego, que es un producto del miedo, reproduce miedo. Le es leal a éste, y esa lealtad le hace traicionar al amor porque tú eres amor. El amor es tu poder, que el ego tiene que negar. Tiene que negar también todo lo que este poder te confiere porque te lo confiere todo. Nadie que lo tenga todo desea al ego. Su propio hacedor, pues, no lo quiere. Por lo tanto, si la mente que

lo fabricó se reconociese a sí misma, lo único que el ego podría encontrar sería rechazo. Y si esa mente reconociese a cualquier parte de la Filiación, se conocería a sí misma.

El ego teme al conocimiento porque él no puede existir dentro del reino de

la unidad indiferenciada del Cielo; la palabra totalidad no tiene lugar en un

sistema de pensamiento de separación. Por lo tanto, ¿cómo podría el ego no

temer a la mente tomadora de decisiones, su fabricante, que puede elegir en

cualquier momento retirar su creencia en él, rechazando el regalo de especialismo del ego en favor del regalo de amor del Espíritu Santo? Ya que

el perdón es Su medio para llevarnos a casa, el ego se esfuerza poderosamente por aferrarse a los resentimientos que enraízan nuestra

atención en el mundo sin mente de los cuerpos. Se opone a todos los pensamientos que perdonan, porque reflejan la Unidad del Cielo y el fin del

ego.

(VI.10: 4-6) La Unidad que existe entre el Creador y la creación constituye tu plenitud, tu cordura y tu poder ilimitado. Este poder ilimitado es el regalo que Dios te hace porque eso es lo que eres. Si separas tu mente de dicho poder, no podrás sino percibir la fuerza más grande del universo como si fuese débil, ya que no creerás formar parte

de ella.

El pasaje anterior presenta el importante tema del verdadero poder de la

mente, que es tan amenazante para el ego. Negamos específicamente este

poder para elegir la Expiación, ya que nos recuerda nuestro poder real como

Mente: el Cristo a Quien Dios creó como uno con Él. Esta es la base de la

estrategia del ego, que nosotros exploraremos más a fondo más adelante,

para dejar al Hijo de Dios sin mente y hacerlo incapaz de aprovechar la fuerza de su mente para pasar de la debilidad al poder, de la locura a la

cordura.

(VI.11: 1-3) Cuando percibes a la creación como que tú no formas parte de ella, la consideras débil, y los que se consideran a sí mismos débiles,

no pueden sino atacar. Mas el ataque tiene que ser ciego porque no hay

nada que atacar. Por lo tanto, inventan imágenes, las perciben como despreciables y luego las atacan por su falta de valor.

Vemos en estas declaraciones, insinuaciones de lo que posteriormente se

describirá más completa-mente como relaciones especiales. Creamos un

mundo lleno de imágenes que no son ni más ni menos que proyecciones del

pensamiento secreto de la mente de que destruimos el Cielo, el cual ahora

nos destruirá y nos dejará débiles en comparación con el gran Enemigo.

Todo el tiempo, sin embargo, deseamos que no termine esta pesadilla, para

mantener el sueño del ser individual que le robamos a Dios, siempre buscando proyectar la culpa que exige nuestro castigo. Habiendo hecho

estas imágenes de nuestra culpa, ahora olvidamos que las hicimos, y pensamos que lo que vemos es en realidad lo que hay allí. Vivimos en un

mundo de figuras sombrías que parecen muy reales, compartiendo un sueño común que dice: "Veamos la separación afuera en lugar de en la mente, y no aceptemos ninguna responsabilidad por ello, culpando a otros para que Dios los destruya a ellos en lugar de a nosotros". Todas las mentes contienen este pensamiento loco y asesino que constituye la historia del mundo desde su inicio; un mundo que existirá hasta que el pensamiento que lo fabricó sea deshecho.

(VI.11: 4-5) Esto es todo lo que el mundo del ego es: nada. Esta es la fuente del furioso miedo del ego: no le gusta que lo llamen "nada". Podemos llamar al ego malvado, vicioso, débil, pecaminoso, malo - lo que queramos - pero no lo llamemos nada. Si lo hacemos, también somos nada. El ego, la parte de nosotros a la que le gusta estar aparte (una parte), se esfuerza por convencernos de su realidad y fuerza, de que es un adversario formidable que exige reacción y acción. Sin embargo, al dejar que Jesús sea nuestros ojos, miramos a través de la aparente solidez del sistema de pensamiento del ego a su nada inherente. Su visión debe ser nuestra única respuesta a la red insidiosa de especialismo del ego. (VI.11: 6-11) No tiene sentido. No existe. No trates de entenderlo, porque si tratas de entenderlo, es que crees que se puede entender, y, por lo tanto, que se puede apreciar y amar. Eso justificaría su existencia, la cual es injustificable. Tú no puedes hacer que lo que no tiene sentido lo tenga. Eso no sería más que un intento demente. Jesús está describiendo lo que todos hemos hecho. Si leemos estas palabras cuidadosamente, nos daremos cuenta de que él está diciéndonos que no existimos, que el mundo y el cuerpo que creemos que habitamos no existen,

y que los problemas que parecen tan reales e importantes no existen. Este tema es tan antitético a todo lo que creemos y experimentamos que podemos entender por qué Jesús tiene que repetirlo una y otra vez. Para hacer el punto una vez más, sin comprender el miedo del ego a la inexistencia y cómo esta conduce a su estrategia de fabricar un mundo y un cuerpo sin mente, entenderemos totalmente mal este curso. Y así, no veremos cómo nuestras vidas pueden convertirse en aulas significativas en las que aprendemos que no vivimos en este mundo loco de lo que no tiene significado.

La sección, "La creencia increíble", a la que nos referimos ahora, contiene una de las más claras declaraciones en Un Curso de Milagros de por qué el ego tiene tanto miedo, lo que refleja la importancia de entender este aspecto de la enseñanza del Curso. Este tema recurrente en nuestra sinfonía es una pequeña clave, porque no es un pensamiento feliz. Sin embargo, es de vital importancia para nuestro aprendizaje. Sin ella no comprenderemos cómo y por qué cura el perdón, y por qué es el mensaje central de Jesús para nosotros.

(VIII.1: 1-4) Hemos dicho que sin proyección no puede haber ira, pero también es verdad que sin extensión no puede haber amor. Todo ello refleja una ley fundamental de la mente y, por consiguiente, una ley que siempre está en vigor. Es la ley mediante la cual creas y mediante la cual fuiste creado. Es la ley que unifica al Reino y lo conserva en la Mente de Dios.

Esto debe entenderse dentro de la totalidad y la unidad de la Mente de Dios.

Su Amor continúa extendiéndose a Sí Mismo, aunque no en el tiempo y el

espacio, y nosotros somos parte de ese Amor. Los contenidos de la Mente deben extenderse (el amor crea amor), así como los contenidos de la mente dividida deben proyectarse (las proyecciones de culpa se convierten en ira),

como ahora vemos:

(VIII.1: 5-9) El ego, sin embargo, percibe dicha ley como un medio para deshacerse de algo que no desea. Para el Espíritu Santo, es la ley fundamental del compartir, mediante la cual das lo que consideras valioso a fin de conservarlo en tu mente. Para el Espíritu Santo es la ley

de la extensión. Para el ego, la de la privación. Produce, por lo tanto, abundancia o escasez, dependiendo de cómo elijas aplicarla.

Jesús nuevamente se refiere al principio de que lo que damos, lo recibimos.

Es importante recordar que él está hablando de ideas, no de materialidad. Si

damos (extendemos) amor, eso es lo que se fortalece en nuestras mentes: las

ideas no abandonan su fuente. Si damos culpa (al proyectarla), reforzamos

la creencia de la mente de que hemos pecado al separarnos de Dios: las

ideas no abandonan su fuente.

La diferencia entre la escasez y la privación mencionadas anteriormente es

crucial, ya que va al corazón de la proyección. Nuestros egos nos harían ver

desde una auto-percepción de carencia o escasez, en donde falta algo en

nosotros. Lo que realmente falta es el Amor de Dios, nuestra abundante

realidad como espíritu, que el ego nunca nos dejará ver. En cambio, nos

dice: "Te falta algo de gran valor, y tu hermano te lo robó". De esta manera,

la ley de la escasez se convierte en la ley de la privación. La razón de que

falta algo es que alguien nos lo robó (la cuarta ley del caos del ego: posees aquello de lo que te apropias [T-23.II.9:3; la cursiva es mía]), la privación es la proyección de la creencia de la mente en la escasez. Nosotros experimentamos abundancia o carencia, dependiendo de la elección del tomador de decisiones, y extendemos o proyectamos lo que hemos hecho real. Si elegimos la abundancia, extendemos el amor y el perdón; si elegimos carencia, nosotros proyectamos pecado y culpa. (VIII.1: 10-11) La manera en que eliges aplicarla depende de ti, pero no depende de ti decidir si vas a utilizar la ley o no. Toda mente tiene que proyectar o extender porque así es como vive, y toda mente es vida. Esta es la ley de la mente. Si nos decidimos por el Espíritu Santo, es Su Amor el que se extiende, abrazando a la Filiación en su conjunto; si nos decidimos por el ego, su culpa fragmenta al Hijo de Dios, reforzando el pensamiento de separación que es el origen de la culpa. Curiosamente, Jesús hizo el mismo punto al principio del capítulo: (II.2: 4-6) Lo que proyectas o extiendes es real para ti. Ésta es una ley inmutable de la mente, tanto en este mundo como en el Reino. El contenido, sin embargo, es diferente en este mundo porque los pensamientos que dicha ley gobierna aquí son muy diferentes de los Pensamientos del Reino. Proyectamos (creamos erróneamente) la culpa o extendemos (creamos) el amor. Dentro del sueño, la extensión se convierte en perdón, el medio del Espíritu Santo para eliminar los bloqueos a la conciencia de nuestra verdadera función de crear. La ley del perdón del Espíritu Santo es en realidad una traducción o un reflejo de la ley del amor del Cielo, que está más allá de nuestra comprensión, y mucho menos de nuestra experiencia: (II.4: 1-5) Para que las leyes puedan ser útiles tienen que comunicarse. En efecto, tienen que ser traducidas para aquellos que hablan distintos idiomas. Un buen traductor, no obstante, si bien tiene que alterar la forma de lo que traduce, jamás altera el significado. De hecho, su único

propósito es cambiar la forma de modo que la traducción conserve el significado original. El Espíritu Santo es el traductor de las leyes de Dios para aquellos que no las entienden.

El contenido del perdón es el amor, aunque se expresa en una forma traducida que podemos entender y relacionarnos con ella sin miedo.

Recordemos una declaración anterior de este importante tema:

El valor de la Expiación no reside en la manera en que ésta se expresa.

De hecho, si se usa acertadamente, será expresada inevitablemente en

la forma que le resulte más beneficiosa a aquel que la va a recibir.

Esto quiere decir que para que un milagro sea lo más eficaz posible, tiene que ser expresado en un idioma que el que lo ha de recibir pueda entender sin miedo. (T-2.IV.5: 1-3).

La mentalidad-correcta siempre está en el contenido de amor de la mente, lo

que permite que la forma de nuestro comportamiento se moldee a la necesidad del mundo, reflejando su nivel de miedo. El ego opera de manera

opuesta, tratando de mantener las formas de separación, cambiándolas

constantemente para preservar su contenido de separación y protegerlo de la

Expiación. Este es el corazón de la relación especial, como explica el siguiente pasaje:

(II.4: 6-5: 4) Tú no podrías hacer eso por tu cuenta porque una mente en conflicto no puede serle fiel a un solo significado, y, por lo tanto, altera el significado para conservar la forma.

El propósito del Espíritu Santo al traducir es exactamente el opuesto.

Traduce únicamente para conservar – en todos los idiomas y desde cualquier punto de vista – el significado original. Por consiguiente, se opone a la idea de que las diferencias en lo relativo a la forma sean significativas, subrayando siempre que esas diferencias no importan.

El significado de Su mensaje es siempre el mismo: lo único que importa

es el significado.

Por ejemplo, el Espíritu Santo no nos quita nuestras relaciones especiales,

como veremos más adelante, sino que las transforma. En otras palabras,

típicamente no hacemos cambios inmediatos en nuestras situaciones (la forma), pero se nos pide que cambiemos el significado que les damos (el contenido). De este modo, el propósito no-específico del perdón del Espíritu Santo se traduce en las formas específicas de nuestras relaciones no-perdonadas. A medida que practicamos con estas, se nos ayuda a generalizar a todas las relaciones, llegando a reconocer que las diferencias que existen entre los miembros de la Filiación son irrelevantes. Lo único que es importante es el significado común que nos une en el nivel de la mente: el propósito de perdón del Espíritu Santo. Otra forma de afirmar esto, es que el perdón refleja el primer principio de los milagros, ya que no hay grados de dificultad entre ellos. Esto es así porque cada problema de falta de perdón es el mismo: la decisión de la mente por el ego, la cual es suavemente corregida por el milagro que nos ofrece la oportunidad de elegir de nuevo.

(III.1: 1-2) El Espíritu Santo enseña sólo una lección, y la aplica a todo el mundo y en toda circuns-tancia. Dado que Él está libre de conflictos, aprovecha al máximo todos los refuerzos y todos los resultados. Jesús nos dice repetidamente que su curso es simple, y aquí está el por qué:

un problema, una solución, una lección que, aunque viene en formas multitudinarias, su proceso de perdón es el mismo. Nosotros, sin embargo, debemos aprender que el poder de elegir el perdón es nuestro. Este poder de la mente dividida es en última instancia, una distorsión del poder de crear de la Mente, pero como la usamos mal cuando elegimos al ego, necesitamos corregir nuestro error eligiendo al Espíritu Santo. Recuerda que, así como

Jesús es nuestro modelo de aprendizaje, y habiendo aprendido que el poder

para tomar decisiones es nuestro, les recordamos a nuestros hermanos, que

también es de ellos, como se nos recuerda en el siguiente pasaje:

(III.1: 3-12) Al enseñarte el poder del Reino de Dios, el Espíritu Santo te enseña que todo poder te pertenece. Su aplicación no importa. Es siempre máxima. Tu vigilancia no establece que el poder sea tuyo, pero

te permite usarlo siempre y en cualquier forma que sea. Cuando dije: “Estoy siempre con vosotros”, lo dije en un sentido muy literal. Jamás me aparto de nadie en ninguna situación. Y puesto que estoy siempre contigo, tú eres el camino, la verdad y la vida. Tú no creaste ese poder, como tampoco lo creé yo. Fue creado para ser compartido, y, por lo tanto, no tiene ningún sentido percibirlo como si fuese el patrimonio de uno solo a expensas de los demás. Tal percepción lo desproveería de significado al eliminar o pasar por alto su único y verdadero significado.

La unidad del amor del Cielo se refleja aquí en la unidad de la Filiación – es

real y tiene un único significado. Jesús nos ayuda a aplicar este significado

a cada persona en nuestras vidas, en todas y cada una de las situaciones,

restaurando a nuestra conciencia el poder de la mente para elegir. Este es el

requisito previo para recordar nuestra Fuente y nuestra función de crear:

extender a imagen y semejanza del amor. Todo lo que se requiere para la

restauración de esta conciencia es nuestra voluntad de que se nos enseñe

que el amor es no-exclusivo, y que no podemos hacer excepciones en la

aplicación del perdón al mundo:

(IV.3: 3-8) El Espíritu Santo te enseña a usar lo que el ego ha fabricado a fin de enseñarte lo opuesto a lo que el ego ha “aprendido”. Lo que el ego ha aprendido es tan irrelevante como la facultad particular que utilizó para aprenderlo. Lo único que tienes que hacer es esforzarte por aprender, pues el Espíritu Santo tiene un objetivo unificado para tus

esfuerzos. Si se aplican diferentes facultades a un solo objetivo durante un período de tiempo lo suficientemente largo, las facultades en sí se unifican. Esto se debe a que se canalizan en una sola dirección, o de la misma manera. En última instancia, pues, todas contribuyen a un mismo resultado, y, en virtud de ello, se pone de relieve lo que tienen en común en vez de sus diferencias.

Una vez más, Jesús nos recuerda que él toma lo que aprendimos incorrectamente, el poder de la mente tomadora de decisiones para crear mal, y suavemente nos enseña otro uso para ello. Él traduce nuestras relaciones especiales en relaciones santas al aceptar la voluntad de nuestra mente de aceptar su amor. Por lo tanto, la simplicidad de su único objetivo de perdón, une los significados dispares que el mundo le ha asignado a cuerpos, relaciones y eventos. A pesar de los intentos del ego de confundirnos presentando una infinidad de opciones en una infinidad de situaciones, Jesús nos ayuda a reconocer el único error (la proyección) y la

única corrección (la extensión), a las que ahora volvemos: (VIII.2: 1-4) El uso que el ego hace de la proyección tiene que entenderse plenamente antes de que la inevitable asociación entre proyección e ira pueda por fin erradicarse. El ego siempre intenta perpetuar el conflicto. Es sumamente ingenioso en encontrar soluciones que parecen mitigar el conflicto, ya que no quiere que el conflicto te resulte tan intolerable que decidas renunciar a él. Por lo tanto, trata a toda costa de persuadirte de que él puede liberarte del conflicto, no sea que lo abandones y te liberes a ti mismo.

El temor del ego es que reconozcamos que el conflicto de la mente entre él y el Espíritu Santo es irreal, porque Él no pelea y se necesitan dos para tener una batalla. Además, mientras el conflicto del ego genera malestar y dolor, la verdadera percepción del Espíritu Santo conduce solo a la paz y la alegría. Inteligente-mente, el ego trata de disminuir la magnitud aparente

del conflicto entre nosotros y Dios al proyectarlo, proporcionando los medios psicológicos para hacer frente al enemigo, que ahora se ve afuera.

Luego gastamos nuestras vidas tratando de vencer al enemigo percibido del

cuerpo, el nuestro o el de nuestras familias, amigos, etc., y las leyes físicas

que lo rigen. Aprendemos a manipular a otros a través de la culpa, que es el

sello distintivo de la relación especial de amor, y justificamos nuestra ira en

la relación especial de odio. Por cierto, los jefes de estado no son los únicos

que aman tener enemigos; todos lo hacemos, porque así es como manejamos el conflicto interno que nace del odio a uno mismo.

(VIII.2: 5-6) Utilizando su propia versión distorsionada de las leyes de Dios, el ego se vale del poder de la mente sólo para quebrantar el verdadero propósito de ésta. Proyecta el conflicto desde tu mente a otras mentes, en un intento de persuadirte de que te has librado del problema.

El ego usa el poder de la mente, el tomador de decisiones, para que elija en

contra de su verdadero propósito de elegir el Espíritu Santo y volver a casa.

Al hacer que la culpa sea real y luego proyectarla en un cuerpo, el ego nos

dice que estamos a salvo y que Dios no nos destruirá. Sin embargo, no nos

dice que al hacer un cuerpo todavía estamos condenados a la destrucción.

Para cuando reconocemos la mortalidad del cuerpo, hemos olvidado que

este proviene de la mente tomadora de decisiones que ha creído las garantías del ego de que nos protegería. Recordemos el pasaje donde el ego

nos dice que estaremos seguros en el cuerpo, pero cuando intentamos cuestionar su recomendación de éste como un aliado, el ego borra la pregunta de nuestra conciencia (T-4.V.4). Además, el ego nos hace creer no

solo que no somos pecami-nosos, sino que nuestro hogar en la mente ha desaparecido, pero que otra persona es responsable de la miseria que sentimos. La proyección es equiparable con el ataque en el sistema de pensamiento del ego: el problema no es la mente, sino el cuerpo; y es el cuerpo de otro el que suele ser el problema.

(VII.8) El ataque nunca podría suscitar más ataques si no lo percibieses como un medio para privarte de algo que deseas. Sin embargo, no puedes perder algo a no ser que no lo valores, y que, por tanto, no lo desees. Esto hace que te sientas privado de ello, y, al proyectar tu propio rechazo, crees entonces que son otros los que te lo están quitando a ti. No podrás por menos que sentirte atemorizado si crees que tu hermano te está atacando para arrebatarte el Reino de los Cielos. Ésta es la base fundamental de todas las proyecciones del ego. De ahí la mentira del ego: parece que otros nos quitan la paz que deseamos,

pero en realidad somos nosotros quienes la hemos descartado valorando

más el infierno de separación del ego que la Unicidad del Reino de Dios.

Recuerda que la ley de escasez del ego se transforma rápidamente a través

de la proyección en la ley de la privación: nos falta amor porque alguien

nos atacó y nos lo robó. Entonces estamos justificados en estar atemorizados, el producto final de la impía trinidad del pecado, la culpa y el

miedo del ego. Nuestro pecado y culpa han sido proyectados en otro, pero

conservamos el miedo de ser atacados pecaminosamente sin ser responsables del pecado, como leemos ahora:

(VII.9) Puesto que el ego es aquella parte de tu mente que no cree ser responsable de sí misma, y puesto que no le es leal a Dios, es incapaz de

tener confianza. Al proyectar su creencia demente de que tú has traicionado a tu Creador, el ego cree que tus hermanos, que son tan incapaces de ello como tú, están intentando desposeerte de Dios.

Siempre que un hermano ataca a otro, eso es lo que cree. La proyección

siempre ve tus deseos en otros. Si eliges separarte de Dios, eso es lo que

pensarás que otros están haciendo contigo.

Aquí, entonces, está nuestro deseo secreto: mantener la culpa por la separación que le robamos a Dios, pero creyendo mágicamente que está en

otro. La proyección nos permite tener el pastel de separación de nuestro ego

y disfrutarlo haciendo que otros paguen el precio de nuestra supuesta traición a Dios. Negamos en otros y en nosotros mismos el Ser que

Dios

creó como uno con Él, sustituyendo con los vanos deseos del ego a la Voluntad de Dios:

(VII.10: 1-7) Tú eres la Voluntad de Dios. No aceptes nada más como tu voluntad, pues, de lo contrario, estarás negando lo que eres. Niega lo que eres y atacarás, al creer que has sido atacado. Mas ve el Amor de Dios en ti y lo verás en todas partes porque está en todas partes. Ve Su abundancia en todos y sabrás que estás en Él junto con todos tus hermanos. Ellos forman parte de ti, tal como tú formas parte de Dios.

Cuando no entiendes esto, te sientes tan solo como se siente Dios Mismo

cuando Sus Hijos no lo conocen.

Ver más allá del ego en nuestros hermanos nos ayuda a pasar de la creencia

del ego en la escasez a las enseñanzas de abundancia del Espíritu Santo:

ambos tenemos y somos la Voluntad de Dios. El ataque, por lo tanto, es una

defensa demente del ego contra esta verdad. Primero nos atacamos a nosotros mismos creyendo que hemos atacado a Dios, y luego proyectamos

nuestra creencia en los demás. El perdón es el remedio gentil de Jesús para

esta locura mientras se deshacen los velos de culpa que pusimos sobre nuestros hermanos y sobre nosotros mismos.

No hace falta decir que la declaración de que Dios está solo es una metáfora

para describir la Unidad amorosa de Su Voluntad. Como no podemos estar

separados de Él, ¿cómo puede Él estar solo? Aceptar esta verdad nos lleva

más allá de la metáfora a la realidad, y Jesús nos insta a recordar que la

totalidad no puede ser fragmentada, excepto en los locos sueños de separación del ego:

(VII.10: 10-11: 3) Entendiendo totalmente al entender la totalidad.

Percibe cualquier parte del sistema de pensamiento como completamente demente, completa-mente ilusoria y completamente indeseable, y habrás evaluado correctamente todo el sistema. Esta corrección te permite percibir cualquier parte de la creación como completamente perfecta, comple-tamente real y completamente deseable. Al desear sólo esto, tendrás sólo esto, y al dar sólo esto, serás

sólo esto.

Este es el principio de todo o nada de Un Curso de Milagros, que perdonamos a toda la Filiación o que no perdonamos nada de ella. En la

práctica, por supuesto, el proceso de perdón es gradual porque parece que

perdonamos en pasos incrementales. Sin embargo, es útil tener en cuenta

que, dado que la Filiación es total, rechazar incluso un aspecto es rechazarlo

todo. El todo trasciende la suma de sus partes (T-2.VII.6:3), lo que significa

que la Filiación de Dios se define por su totalidad o integridad, no por la

suma de sus fragmentos aparentes. Mientras que para el ego el perdón parece ser una tarea hercúlea, en verdad es muy confortable. No tenemos

que perdonar a todas las personas, ya que perdonar totalmente a una persona es perdonarlas a todas. Uno de los propósitos del Curso es quitar el

velo para que podamos ver la locura de la dinámica del ego de proyección y

ataque, exponiendo su estrategia y permitiéndonos cuestionar la validez de

su sistema de pensamiento a la luz de la verdad de la Expiación del Espíritu

Santo. Tal cuestionamiento es el miedo final del ego, porque abre nuestras mentes a la realidad de que ambos tenemos y somos la totalidad que es el Reino de Dios.

(III.5: 1-3) Dios Mismo iluminó tu mente, y la mantiene iluminada con Su Luz porque Su Luz es lo que tu mente es. Esto está más allá de cualquier duda, y cuando lo pones en duda se te da una respuesta. La Respuesta simplemente cancela la pregunta al establecer el hecho de que poner en duda la realidad no tiene sentido.

Cuando el cuestionable ego es visto como el engañador que es, la Respuesta

alborea en nuestras mentes que antes eran tenebrosas. Cuando cuestionamos

el falso yo del ego, la simple verdad de nuestra Identidad es simplemente

aceptada. Como solo la creencia dio realidad al ego, cuando cambiamos

nuestras mentes y retiramos la fe en sus mentiras, este se desvanecerá,

desapareciendo en su propia nada.

(VIII.3: 8) La creencia de que viéndola [a la culpa] fuera de ti la excluyes de tu interior es una distorsión total del poder de la extensión.

Esto expresa el importante tema que hemos discutido con frecuencia, y que

se convierte en cada vez más importante en el desarrollo sinfónico del texto: las ideas no abandonan su fuente – la idea del amor nunca ha abandonado su fuente en la mente; ni tampoco lo ha hecho la idea de la

culpa. De ahí la "distorsión total del poder de la extensión": como la culpa

permanece dentro, es una locura creer que podemos desha-cernos de ella

arrojándola sobre otra persona. Sin embargo, la inteligencia del ego nos

convence de que las ideas sí abandonan su fuente al hacernos ignorar la

presencia nociva de la culpa en la mente, y así, continuar proyectando la

creencia mágica de que el ataque nos liberará del odio a uno mismo. (VIII.3: 9-11) Por eso es por lo que los que proyectan se preocupan tanto por su seguridad personal. Temen que sus proyecciones van a retornar a ellos y a hacerles daño. Puesto que creen haberlas desalojado de sus mentes, creen también que esas proyecciones están tratando de volverse a adentrar en ellas.

Jesús está describiendo el estado paranoico. Cuando proyectamos la culpa,

creemos que otros nos harán lo que secretamente creemos que les hicimos.

Proyectamos el pecado de la separación, y al hacer los objetos proyectados

a nuestra imagen, lo que hay en nosotros ahora lo percibimos en ellos: pecado, engaño y asesinato – lo que secretamente creemos que somos. No

podemos evitar pensar que esta autoimagen de pecado secreto y odio oculto

(T-31.VIII.9:2) está en todos los demás, lo que requiere nuestra protección a

través del ciclo de ataque-defensa (L-pl.153.2-3): atacamos a otros a través

de la proyección y luego nos defendemos de su ataque. Ya que inevitablemente están involucrados en la misma locura que nosotros, intercambiamos ataques de ida y vuelta. A las naciones les encanta luchar,

como lo hacen los grupos religiosos, raciales y todos los demás.

Creyendo

que otro es responsable de nuestra miseria y no nosotros mismos, no tenemos más remedio que atacar y contraatacar. Todos jugamos el juego

vicioso de proyectar la locura asesina y percibirla en otros, y no hay fin a

esta locura a menos que una de las partes se ponga en su mente correcta y le

pida ayuda a su Maestro para romper el ciclo.

A dos secciones de aquí, Jesús hace el mismo punto sobre la proyección y

lo relaciona con el por qué somos temerosos de seguir su guía o la del Espíritu Santo:

(X.5: 1-4,8-13) El Espíritu Santo se pone de tu parte y de parte de tu

fortaleza. Mientras en una u otra forma rehúses seguir las directrices que te da, es que quieres ser débil. Mas la debilidad es atemorizante. ¿Qué otra cosa, entonces, podría significar esta decisión, excepto que quieres estar atemorizado? ... Nadie obedece de buen grado a un guía en el que no confía, pero eso no quiere decir que el guía no sea digno de

confianza. En este caso, siempre significa que el seguidor es el que no lo

es. Sin embargo, esto también depende de sus propias creencias. Al creer que puede traicionar, cree que todo lo puede traicionar a él. Mas esto sólo se debe a que eligió un falso consejo. Incapaz de seguir ese consejo sin miedo, asocia el miedo con el consejo y se niega a seguir cualquier tipo de consejo.

Para protegernos de las auto-acusaciones de falta de confianza – ¡mira lo

que hicimos! – proyectamos nuestra culpa a nuestro alrededor, incluso en

Aquellos Que son nuestros Maestros. Elegimos la debilidad del ego como

nuestra realidad en lugar de la fortaleza de Cristo, un tema que se desarrollará más completamente cerca del final de nuestra sinfonía, y hacemos el viaje solos, únicamente con el especialismo del ego como guía.

No es de extrañar, entonces, que tropecemos y sigamos culpando a las piedras bajo nuestros pies por la caída. Aún peor, teniendo miedo de que lo

que proyectamos nos ataque, nos esforzamos por erigir defensas contra el

enemigo inexistente. Esto simplemente refuerza nuestra sensación de miedo

y debilidad, ya que la necesidad de proyectar nace de nuestra necesidad de

negar la traición a Dios y al Espíritu Santo que creemos es nuestro pecado

secreto, una creencia que nos esforzamos por ocultar detrás de nuestras

proyecciones.

(VIII.3: 12) Como las proyecciones no han abandonado sus mentes, se ven obligados a mante-nerse continuamente ocupados a fin de no reconocer esto.

Recuerda, todo está en la mente, y a pesar de nuestros intentos desesperados por mantener la culpa fuera de la conciencia al proyectarla, esta permanece dentro: las ideas no abandonan su fuente. Seguimos regenerando los pensamientos de ataque a través de la culpa – cada vez que sentimos culpa, la negamos y la proyectamos – creyendo que otros nos harán daño, justificando así nuestros agresivos actos de auto-defensa. Este ciclo de culpa-ataque solo puede intensificarse porque la culpa subyacente nunca ha sido expuesta y deshecha, por eso la proyección es un arma tan poderosa en el arsenal del ego.

(VIII.4: 1-2) No puedes perpetuar una ilusión acerca de otro sin perpetuarla en ti mismo. No hay forma de poderse escapar de esto, ya que es imposible fragmentar a la mente.

En última instancia, todos somos parte de la misma mente dividida, soñando el único sueño que conlleva nuestra separación el uno del otro. Sin embargo, los sueños no son realidad, y el pensamiento de ataque de la separación y la fragmentación nunca podrá abandonar su fuente en la mente

única del separado Hijo de Dios. En consecuencia, esta mente no puede realmente atacar porque el ataque es irreal, y esto solo puede suceder en los

locos sueños del ego de víctima-victimario:

(VIII.4: 3-6) Fragmentar es dividir en pedazos, y la mente no puede atacar ni ser atacada. La creencia de que puede – error que el ego siempre comete – sirve de fundamento para el uso que éste hace de la proyección. El ego no entiende lo que es la mente, y, por lo tanto, no entiende lo que eres tú. Su existencia, sin embargo, depende de tu mente porque el ego es una creencia tuya.

El ataque es el núcleo del sistema de pensamiento del ego, ya que la creencia en la separación es la creencia en que hemos atacado a Dios. Esta

es la razón por la cual el libro de ejercicios dice que "el mundo se fabricó

como un acto de agresión contra Dios" (L-pII.3.2:1), siendo nada más que la proyección del pensamiento del ego: atacamos a Dios Quien, habiendo sido atacado, inevitablemente atacará a cambio. Esta locura se corrige fácilmente con la Expiación que dice que como Dios es la Unidad perfecta, el ataque inherentemente dualista es imposible. La línea final anterior proporciona una articulación más sorprendente de este tema de la fuente del ego: "Su existencia, sin embargo, depende de tu mente ... " El ego depende únicamente de la parte tomadora de decisiones de la mente que cree en él, y no tiene existencia por sí mismo. Como el ego es solo una creencia, Jesús enfáticamente nos dice: (VIII.5: 1-2) No le tengas miedo al ego. Él depende de tu mente, y tal como lo inventaste creyendo en él, puedes asimismo desvanecerlo dejando de creer en él. Estamos aterrorizados por el ego, su culpa y un mundo y un cuerpo proyectados, olvidando que son falsas creencias, malos sueños que nunca han abandonado su fuente en la mente engañada del soñador. ¿Quién sino un loco podría temer lo que no existe, especialmente cuando lo que teme se disipa tan fácilmente? El ego sabe, entonces, que, en cualquier momento dado, en un instante santo, el Hijo puede cambiar su mente. Teme al poder de decisión de la mente, porque cuando el tomador de decisiones recurre al Espíritu Santo, el sistema de pensamiento de la separación, la culpa y el miedo es deshecho. (VIII.5: 3) No proyectes sobre otros la responsabilidad por esa creencia, o, de lo contrario, prolongarás su existencia. Este es el propósito de la proyección: creamos un mundo fragmentado de

piezas aparentemente infinitas, donde cada una contiene el mundo personal que llamamos nuestra vida, para poder proyectar la responsabilidad de la enfermedad que proviene de decidir por el ego. La proyección asegura que nunca volveremos a la mente y elegiremos de nuevo.

(VIII.5: 4) Cuando estés dispuesto a asumir total responsabilidad por la existencia del ego, habrás dejado a un lado la ira y el ataque, pues éstos

surgen como resultado de tu deseo de proyectar sobre otros la responsabilidad de tus propios errores.

Podemos ver por qué a todos, individuos y líderes mundiales, les encanta

atacar, criticar y condenar. Necesitamos chivos expiatorios en cuyas cabezas

pecaminosas proyectemos la responsabilidad por haber elegido contra Dios.

Si observamos nuestros primeros recuerdos, podemos reconocer claramente

cómo atribuimos nuestro bienestar y enfermedad a los demás, comenzando

con los padres o sustitutos de los padres. El mundo del ego fue creado como

un lugar para encontrar enemigos y "amigos". De hecho, no hay forma de

concebir este mundo sin estos socios especiales – una persona o grupo que

odiamos o amamos – y solo se necesita uno de esos objetos para cumplir el

propósito de proyección del ego. La buena noticia es que cuando deshacemos la decisión de la mente por el ego que es la fuente de toda

proyección, la necesidad de atacarnos a nosotros mismos y a los demás

desaparece.

(VIII.7: 1-3) Este curso no tiene otro propósito que enseñarte que el ego

es algo increíble y que siempre lo será. Tú, que lo inventaste al creer lo increíble, no puedes emitir ese juicio por tu cuenta. Pero cuando

aceptas la Expiación para ti mismo, decides en contra de la creencia de

que puedes estar solo, desvaneciendo así la idea de la separación y afirmando tu verdadera identificación con todo el Reino como algo que literalmente forma parte de ti.

Esto nuevamente expresa por qué el ego teme que aceptemos la Expiación:

nos daríamos cuenta de que ya no estamos separados de nadie, y que nuestra realidad es parte de la totalidad del Reino, una totalidad que abarca

toda la Filiación, sin excepción. ¿Cómo, entonces, podríamos estar solos, y

mucho menos separados el uno del otro y de Dios? No hay afirmación que

el ego tema más que la siguiente:

(IX.2: 3-4) El ego no puede prevalecer contra una totalidad que incluye a Dios, y toda totalidad tiene que incluir a Dios. Dios le da todo Su poder a todo lo que Él creó porque ello forma parte de Él y comparte Su Ser con Él.

Como somos el Hijo creado por Dios, compartimos Su poder para crear, reflejado de manera distorsionada dentro del sueño por el poder de la mente para elegir. El ejercicio de mentalidad-correcta de este poder es la

base del miedo del ego, porque su yo separado no puede existir dentro de la

totalidad de Dios y Su Hijo. El ego se opone a cualquier intento de escuchar

al Espíritu Santo, sabiendo que el resultado inevitable de esto, será el final

del conflicto que es el ego:

(X.3: 8-11) Obedece al Espíritu Santo, y estarás renunciando al ego. Pero no estarás sacrificando nada. Al contrario, estarás ganándolo todo. Si creyeses esto, no tendrías conflictos.

Aquí está expuesta la mentira del ego, que nos ha prometido todo a cambio

de nuestra decisión por la "libertad". Nunca nos permite darnos cuenta de

que, de hecho, hemos cambiado todo por nada, y que el temor a Dios nace

de un conflicto inexistente que no necesita ser resuelto, solo elegido en

contra, como Jesús continúa explicando:

(X.6: 4-10) Dije antes que tú eres la Voluntad de Dios. Su Voluntad no es un deseo trivial, y tu identificación con Su Voluntad no es algo optativo, puesto que es lo que tú eres. Compartir Su Voluntad conmigo no es optativo tampoco, aunque parezca serlo. La separación radica precisamente en este error. La única manera de escaparse del error es decidiendo que no tienes nada que decidir. Se te dio todo porque así lo dispuso Dios. Ésa es Su Voluntad, y tú no puedes revocar lo que Él dispone.

El ego teme nuestra decisión contra la decisión previa de la mente, lo que

equivale a renunciar a los vanos deseos del ego y aceptar la Voluntad de

Dios que es nuestro Ser. Esto nos devuelve al estado no-dualista del Cielo

en el que no hay nada que decidir o desear. Con esta comprensión del miedo

real del ego, el poder de la mente para elegir contra él, recurrimos a la estrategia del ego, cuyo objetivo es el preservar su ser separado dejando al

Hijo de Dios sin mente.

La estrategia del ego

Este notable capítulo enuncia claramente la estrategia del ego y, en el proceso, sienta las bases para la comprensión del perdón, aunque el término

no se introduce formalmente hasta el Capítulo 9. Como he mencionado, la

visión única del perdón de Un Curso de Milagros no puede entenderse sin

una comprensión previa de la proyección y del plan del ego de hacer un

cuerpo y un mundo para mantenernos en un estado perpetuo sin mente.

Como la unidad del Hijo de Dios – como ego y como Cristo – está en la mente, Jesús nos lleva más allá del mundo fragmentado que hace que la

separación y las diferencias sean reales, desha-ciendo la creencia en su

realidad que impidió nuestro regreso a la mente donde ocurren las elecciones reales y el aprendizaje. Para prevenir este aprendizaje, que es realmente el desaprendizaje de la separación, el ego desarrolla su estrategia de falta de mente. Comenzamos con esta simple declaración del miedo del ego:

(V.7: 5-6) El verdadero aprendizaje es constante, y tan vital en su poder de producir cambios que un Hijo de Dios puede reconocer su propio poder en un instante y cambiar el mundo en el siguiente. Ello se debe a que al cambiar de mentalidad, produce un cambio en el instrumento más poderoso que jamás se le haya dado para cambiar. Esto nos ayuda a comprender Un Curso de Milagros en pocas palabras, exponiendo la motivación del ego de su estrategia de dejarnos sin mente: negando el poder de la mente para cambiar su decisión anterior y elegir en su contra. Esta es la única esperanza del ego de mantener su existencia por demás precaria frente a un adversario muy poderoso.

(V.7: 7-9) Esto no contradice en modo alguno la inmutabilidad de la mente tal como Dios la creó, pero mientras sigas aprendiendo a través del ego creerás que has efectuado un cambio en ella. Esto te pone en una situación en la que tienes que aprender una lección aparentemente contradictoria: tienes que aprender a cambiar de mentalidad con respecto a tu mente. Sólo así puedes aprender que tu mente es inmutable.

Necesitamos aprender que tenemos una mente, ya que solo al recordarla podemos darnos cuenta de su naturaleza dividida, la fuente de todo conflicto. Ya que el conflicto no es externo, como la proyección nos haría creer, debemos reconocer el poder de la mente para elegir entre el ego y el Espíritu Santo: cambiando nuestra mente acerca de nuestra mente. El

mundo y el cuerpo sin mente son los intentos ingeniosos del ego para evitar

que hagamos solamente eso, porque tal cambio nos devolvería a la verdadera inmutabilidad de la mente y a nuestro verdadero Ser.

(VI.2: 1-4) La mente que acepta el ataque es incapaz de amar. Ello se debe a que cree que puede destruir el amor, lo cual quiere decir, por lo tanto, que no comprende lo que éste es. Si no comprende lo que es el amor, no se puede percibir a sí misma como amorosa. Esto hace que pierda su conciencia de ser, da lugar a sentimientos de irrealidad y lo que resulta de ello es una confusión total.

Aceptamos el ataque cuando elegimos el ego en lugar del Espíritu Santo,

desterrando el amor de nuestra conciencia y de nuestra comprensión, habiéndolo cambiado por el amor especial que cubre la culpa sobre nuestro

percibido pecado de atacar el amor. Al negar la invulnerabilidad del amor,

negamos la realidad del amor mismo.

Recuerda que anteriormente en el texto Jesús contrastó el ser y la existencia

(T-4.VII.4): la existencia pertenece al ámbito del ego, el mundo de la separación y nuestra identidad en él, mientras que el ser es sinónimo de

espíritu, nuestra realidad como amor. El aparente conflicto en nuestras mentes entre los dos solo puede generar confusión porque hemos elegido

adoptar como realidad el ser que nos defiende contra el recuerdo del Ser

que también está dentro de nosotros.

(VI.2: 5-7) Tu pensamiento ha dado lugar a esto debido a su poder, pero

puede también salvarte de ello porque su poder no lo creaste tú. Tu capacidad para dirigir tu pensamiento de acuerdo con lo que elijas es parte de ese poder. Si no crees que puedes dirigirlo, es que has negado que tu pensamiento tenga poder, y, por lo tanto, has hecho que sea impotente en tu pensamiento.

Este tema del verdadero poder de la mente es el corazón de Un Curso de

Milagros, y su presencia recurrente en estos primeros capítulos destaca el

lugar principal que ocupa en la presentación sinfónica de Jesús.
Ciertamente, nuestras mentes son la única esperanza que tenemos de escapar de la prisión que el ego ha hecho para que sea nuestro hogar.

Poner

la esperanza en cualquier cosa o en cualquier persona en el mundo, incluido

Un Curso de Milagros, es parte de la defensa del ego de la falta de mente

para evitar que tengamos acceso al poder de decisión de la mente que es la

fuerza del problema y la solución.

(VI.3: 1-6) El ingenio del ego para asegurar su supervivencia es enorme, mas dicho ingenio emana del mismo poder de la mente que el ego niega. Esto quiere decir que el ego ataca lo que lo sustenta, lo cual no puede sino producir gran ansiedad. Por eso es por lo que el ego jamás reconoce lo que está haciendo. Es perfectamente lógico, pero a todas luces demente. Pues para subsistir el ego se nutre de la única fuerza que es totalmente adversa a su existencia. Temeroso de percibir el poder de esa fuerza, se ve forzado a menospreciarla.

La existencia del ego depende totalmente del poder de la mente para creer

en él, y hemos visto cómo el ego, en una maniobra aparentemente paradójica, niega ese poder, diciendo en efecto: “¿Qué mente? Tú no puedes

verla o diseccionarla en un laboratorio. No hay una mente, únicamente un

cerebro”. Así es como el ego y su mundo deprecian su fuerza. Por ejemplo,

casi todos los científicos permiten en su estudio solo lo que pueden observar, manipular y controlar, pero la mente trasciende todas esas investigaciones porque el cuerpo fue fabricado para no conocerla. La identificación corporal mantiene a la existencia de la mente inaccesible para

siempre al reconocimiento y a la comprensión. Esta negación de sus medios

de preservación no puede sino engendrar inestabilidad e incertidumbre en el

ego, la parte de nosotros que aprecia ser un ser especial y un individuo único.

(VI.3: 7-10) Lo cual amenaza su propia existencia, produciendo un

estado que le resulta intolerable. Prosiguiendo de manera lógica, aunque todavía demente, el ego resuelve este dilema completamente descabellado de un modo igualmente descabellado: deja de percibir que su existencia esté amenazada, proyectando la amenaza sobre ti y percibiendo a tu Ser como inexistente. Esto asegura su continuidad si te pones de su parte, garantizando así el que no puedas conocer tu Seguridad.

Un Curso de Milagros habla del ego como si fuera una persona, un yo sensible que, en su trama de ansiedad, planea y establece defensas. En realidad, sin embargo, el ego es simplemente un pensamiento en la mente del Hijo separado de Dios. Jesús usa símbolos antropomórficos para describir lo que esta mente hace y siente, así él puede ayudarnos a ver su sistema de pensamiento de separación de manera más objetiva. Él realmente está hablando de nuestra confusión y ansiedad, a las cuales no podemos hacer frente excepto al negar su fuente en la mente. La ansiedad que todos sentimos tan profundamente viene primero de la aterradora creencia de que en cualquier momento Dios nos aniquilará, y en segundo lugar por el miedo de que, si volvemos a la mente, nos aniquilaremos al elegir contra este yo aterrorizado. En consecuencia, proyectamos nuestro miedo en alguna fuente externa donde podemos tratarlo, pensando que hemos identificado el problema. Estos espectros proyectados son experimentados como aterradores, y siguiendo a nuestros cerebros increíblemente programados, nos engañamos al creer que hay algo que podemos hacer al respecto - formas de magia mal-adaptativas para resolver el problema inexistente de culpa y miedo de la mente percibido en las formas inexistentes del mundo.

¡Que puede esto ser sino pura locura!

Sin embargo, estos objetos de miedo no son el problema, el cual es únicamente la aparente culpa que viene de nuestra creencia de que hay un

problema. La mente tomadora de decisiones entierra el conflicto entre el

ego y Espíritu Santo, y lo ve como algo externo a nosotros. Nunca nos damos cuenta de que no hay ningún conflicto en el interior o afuera, solo

nuestra identificación errónea con el ego. Habiendo tratado de preservar la

existencia separada al ver el conflicto imaginado como externo a la mente,

cambiamos la "amenaza" de la mente al cuerpo que consideramos nuestro

ser. Finalmente, una vez más, el verdadero problema es el miedo del falso

ser a su inevitable aniquilación cuando elegimos el perdón sobre la culpa, el

amor en lugar del odio, la unidad en lugar de la separación.

La siguiente oración proporciona otra declaración sucinta del intento del

ego de confundirnos acerca de nuestra identidad:

(VI.8: 1) He señalado repetidamente que el ego cree que puede atacar a

Dios, y trata de convencerse de que eso es lo que tú has hecho.

Jesús nos regresa al instante ontológico cuando elegimos el ego en lugar del

Espíritu Santo, convenciéndonos de que habíamos logrado lo imposible.

Tan pronto como acordamos con el ego que la separación era real, dejándonos como seres separados e individualizados, el ego administró su

golpe supremo: nosotros alcanzamos esta existencia atacando nuestra Fuente, lo que lleva a la creencia en el pecado, la culpa resultante y el miedo a que Dios nos castigue. Esta tríada de pecado-culpa-miedo nos impulsó a escapar del campo de batalla de la mente y de la ira de Dios, a

vivir en el cuerpo. Este fue el propósito del ego desde el principio, porque

demostró que nos habíamos separado de Dios a través del ataque, un pensamiento que está protegido por nuestro olvido sobre la falta de mente.

(VI.8: 2-3) Si la mente no puede atacar, el ego – con perfecta lógica – arriba a la conclusión de que tú no puedes ser otra cosa que un cuerpo.

Al negarse a verte tal como eres, puede verse a sí mismo como él quiere ser.

Somos únicamente una mente, pero el ego quiere que creamos que somos un cuerpo y que ese ataque no está en la mente porque no hay mente. Creemos que el ataque, solo puede estar en el cuerpo, y se origina en los cuerpos a nuestro alrededor que nos hacen contraatacar en defensa propia.

(VI.8: 4) Consciente de sus debilidades, el ego quiere que le seas leal, pero no como realmente eres.

La debilidad del ego es que no tiene poder ni existencia por sí mismo. Su

aparente poder y existencia descansan únicamente en la mente tomadora de

decisiones. Por lo tanto, necesita aliar esa mente con él, convenciéndola de

que estamos mejor con el ego que con el Espíritu Santo, y más seguros en

un cuerpo que en una mente.

(VI.8: 5) Desea, por lo tanto, involucrar a tu mente en su propio sistema

ilusorio, ya que de otra manera la luz de tu entendimiento lo desvanecerá.

En esta sola oración encontramos los fundamentos del sistema estratégico

del ego, que culmina, en el nivel individual, en nuestro nacimiento como

cuerpo. Esto ocurre porque la mente tomadora de decisiones se alió con el

loco sistema de pensamiento de separación. Nos hemos permitido ser cuerpos sin mente, que no pueden elegir la luz de comprensión de la mente

correcta que disiparía el ego y nuestro yo separado.

(X.1: 1-5) El Reino, al igual que este mundo, es el resultado de ciertas premisas. Puede que hayas llevado el razonamiento del ego a su conclusión lógica, que es una confusión total con respecto a todo. Si realmente vieses lo que resulta de ese razonamiento, lo repudiarías. La única razón por la que pudieras desear algún aspecto de lo que resulta de ese razonamiento es que no alcanzas a ver su totalidad. Estás dispuesto a examinar las premisas del ego, pero no su conclusión lógica.

Jesús nos dice que el problema es que realmente no miramos el sistema de

pensamiento del ego. Podemos mirar la premisa de estar separado de Dios y

admitir su locura, pero no vemos la conclusión que inevitablemente le sigue: que hay un mundo real lleno de cuerpos reales que interactúan entre

sí, que sufren y mueren. Jesús nos pide que veamos el sistema de pensamiento del ego como un todo y veamos su locura - en el mundo que

habitamos - dándonos cuenta de cómo se basa en la creencia de que la

separación de Dios es un hecho: hemos atacado a nuestra Fuente, Quien nos

atacará de nuevo. La consecuencia lógica de seguir este pensamiento delirante es la creencia de que podemos deshacernos de la culpa poniéndola

en otros cuerpos como una muestra de nuestra justificada ira. Jesús nos

anima a mirar este sistema y ver su coherencia interna, cómo se basa en

premisas dementes con su coherencia lógica que dicta que las conclusiones

también sean dementes.

La única razón por la que esta locura de la separación sobrevive, junto con

el mundo loco que es su efecto, es que nadie lo mira. Si realmente viéramos

la locura por lo que es, nunca la elegiríamos. Es decir, por qué Jesús hace

todo lo posible en su curso para exponer la estrategia del ego. Debemos estar dispuestos a mirar en todos los aspectos de nuestro mundo y ver la locura inherente a cada uno. Por ejemplo, la creencia de que hay buenas y malas personas refleja el loco sistema de pensamiento de diferenciación y especialismo. Cuando realmente miramos al mundo, no podemos dejar de darnos cuenta de que creemos en la separación y en los grados de dificultad (una jerarquía de ilusiones) que ocultan la Unidad viviente y amorosa de Dios, nuestra herencia natural: (XI.1: 5-6) El mundo va en contra de tu naturaleza, al estar en desacuerdo con las leyes de Dios. El mundo percibe grados de dificultad en todo. Jesús nos pide que comparemos el mundo del ego con nuestro hogar en Dios, el único lugar donde podemos ser verdaderamente felices. Nos insta, a nosotros sus alumnos, a ver la diferencia entre una percepción en la que existe un multitudinario número de problemas, cada uno con su propia solución, y su visión que solo ve un problema y una solución. Nos ruega que consideremos el costo de confundir a las dos, ya que es la decisión entre el Cielo y el infierno: (XI.3) Examina el reino que fabricaste y juzga su valor imparcialmente. ¿Es acaso digno de ser la morada de una criatura de Dios? ¿Protege tal mundo su paz e irradia amor sobre ella? ¿Evita acaso que su corazón se vea afectado por el miedo, y le permite dar siempre sin experimentar ninguna sensación de pérdida? ¿Le agradece lo que da? Ése es el único ambiente en el que puedes ser feliz. Tú no lo puedes “crear”, como tampoco puedes “crearte” a ti mismo. Fue creado para ti, tal como tú fuiste creado para él. Dios vela por Sus Hijos y no les niega nada. Mas cuando ellos lo niegan a Él, dejan de ser conscientes de eso porque se

niegan todo a sí mismos. Tú, que podrías estar dando el Amor de Dios a todo lo que ves, a todo lo que tocas y a todo lo que recuerdas, estás literalmente negándote el Cielo a ti mismo.

Parafraseando una línea del Capítulo 23 (T-23.IV.9:8): ¿A quién que esté respaldado por el Amor de Dios podría resultarle difícil elegir entre el Reino del amor y el reino del miedo? El problema por supuesto, es que debemos ser conscientes de la naturaleza de estos dos reinos. Sin tal conciencia, la elección no tiene sentido y está sujeta al autoengaño.

Como lo hace Jesús aquí y en muchos, muchos otros lugares en Un Curso de Milagros, nos pide que comparemos nuestras dos opciones: el Cielo y el infierno, el Espíritu Santo y el ego, el perdón y el juicio. Realmente necesitamos ver el costo de elegir erróneamente el dolor y la alienación sin dicha que es inevitable una vez que elegimos al ego como nuestro maestro y guía.

Antes de pasar a la corrección de la locura, el perdón y la curación del ego, nos fijamos en un pasaje que expresa una confusión particular entre mente y cuerpo que tiene la bendición completa del ego. Este es el primero de los dos lugares en Un Curso de Milagros donde Jesús se dirige específicamente a la doctrina Católica de la Eucaristía (la segunda está en "Los obstáculos a la paz" [T-19.IV-A.17]). Esto, de acuerdo a todas las altas Iglesias Católicas y Episcopales, es la porción de la Misa donde el pan y el vino, a través de un proceso conocido como transubstanciación, literalmente se convierten en el cuerpo y la sangre de Jesús, no simbólicamente, como enseñan los Protestantes. La participación del pan y el vino consagrados, a veces referidos como la presencia real de Jesús, se llama comunión, en donde los

fieles creen que se vuelven uno con el Salvador. Sin embargo, aquí está lo

que Jesús dice acerca de la Eucaristía y la comunión:

(V.10) No puedes olvidarte del Padre porque yo estoy contigo, y yo no puedo olvidarme de Él. Cuando te olvidas de mí, te olvidas de ti mismo y de Aquel que te creó. Nuestros hermanos son olvida-dizos. Por eso es por lo que necesitan que te acuerdes de mí y de Aquel que me creó.

Mediante ese recuerdo puedes cambiar sus mentes con respecto a ellos

misimos, tal como yo puedo cambiar la tuya. Tu mente es una luz tan potente que tú puedes contemplar las mentes de tus hermanos e iluminarlas, tal como yo puedo iluminar la tuya. No quiero compartir mi cuerpo en el acto de comunión porque no estaría compartiendo nada. ¿Por qué iba a tratar de compartir una ilusión con los santísimos Hijos de un santísimo Padre? Y sin embargo lo hago. Quiero compartir mi mente contigo porque somos de una misma Mente, y esa Mente es nuestra. Contempla sólo esa Mente en todas partes porque sólo esa Mente está en todas partes y en todas las cosas. Dicha Mente lo es todo

porque abarca todas las cosas dentro de sí. Bendito seas tú que percibes

únicamente esto porque estás percibiendo únicamente lo que es verdad.

Lo que ha ocurrido es que las Iglesias han proyectado el amor de Jesús para

que ahora lo que sea consi-derado santo sea su cuerpo, no la mente que es

una con todas las personas. Solo los creyentes Católicos que no están en

estado de pecado pueden participar de la comunión, y la exclusión especial

de la Iglesia revela lo que está mal en esta imagen. Es un maravilloso ejemplo de la confusión de mente y cuerpo que el ego respalda de todo

corazón. La santidad de la mente, verdaderamente compartida con todos, se

coloca en lo externo y es compartida solo con unos pocos elegidos. El problema es que esta santidad dura solo veinticuatro horas, lo que significa

que el ritual de comunión debe repetirse todos los días (o cada semana, o algunas veces en el año, dependiendo de la creencia en el sistema de pensamiento Católico). Esto parece tonto cuando lo miras desde la perspectiva de Un Curso de Milagros, pero difícilmente parezca tonto cuando reconoces la importancia que esta creencia y práctica ha tenido en millones y millones de personas durante más de dos milenios. La razón de que así sea, es que encaja muy bien en la estrategia del ego de ver el problema y la solución donde no están (en el cuerpo), asegurando que el problema de la decisión de la mente por la impiedad nunca pueda ser corregida. El mensaje de Jesús, entonces y ahora, es que más allá de la impiedad de la mente por la creencia en el pecado, se encuentra el santo pensamiento de la mente de la Expiación. Su presencia amorosa en nuestra mente dividida, su verdadera presencia real, nos recuerda a la Mente que es la santa creación de Dios. Al elegir verla en Jesús, estamos eligiendo verla en nosotros mismos y en todos los Hijos de Dios. Una luz ilumina así el todo porque es el Todo. Elegir a Jesús como nuestro maestro y amigo nos permite que nuestras mentes iluminadas brillen en las mentes de aquellos que todavía abrazan la oscuridad de la forma, la proyección del contenido oscuro de culpa del ego.

El perdón - Curación

Ahora estamos listos para hablar de la respuesta a la estrategia del ego de la falta de mente. El ego nos llevó lejos de la mente para asegurarse de que nunca eligiéramos la Expiación, que nos recordaría nuestra Unidad como Cristo. Elegimos la culpa de la mente errada para defendernos de la Expiación de la mente correcta, y luego abandonamos la mente por

completo para crear un mundo que proteja a la parte tomadora de decisiones de la mente de alcanzar la conciencia de sí misma como tomador de decisiones.

Como estamos tan aterrorizados por la unidad, que es la razón por la que elegimos el ego en primer lugar, nunca podríamos tolerar una experiencia directa de nuestra realidad como el único Hijo de Dios. Por lo tanto, mientras aún dormimos, nuestros sueños de pesadilla deben cambiar a lo que Un Curso de Milagros llama sueños felices. Éstos no tienen nada que ver con el comportamiento, sino que son la corrección de la mente correcta (perdón y curación) para la pesadilla de separación de la mentalidad errada.

El perdón generalmente implica deshacer los resentimientos y la curación implica deshacer la enfermedad; sin embargo, la enfermedad no existe en el cuerpo más que lo que existen los resentimientos. Los resentimientos y la enfermedad no son más que dos formas diferentes de culpa proyectada.

Miraremos en algunos pasajes que ilustran cómo el proceso de deshacer es siempre el mismo, ya que el perdón y la curación reflejan la Unidad de nuestro Ser. Se puede ver que ambos siguen el curso del milagro que cambia el enfoque del cuerpo a la mente, de la figura del sueño al soñador.

Perdón

(III.3:1) Dije anteriormente que el amigo del ego no forma parte de ti porque el ego se percibe a sí mismo en estado de guerra, y, por ende, necesitado de aliados.

El amigo del ego es el cuerpo, que es una proyección de la mente errada que tampoco forma parte de nosotros. Como hemos visto, el ego está realmente en guerra con el tomador de decisiones de la mente y utiliza

nuestra identificación física como el medio para mantenernos sin mente. Sin conciencia de que somos una mente, no hay forma en que podamos obtener acceso a su poder para elegir de nuevo.

(III.3:2) Tú, que no estás en guerra, debes ir en busca de hermanos y reconocer en todo aquel que veas a tu hermano, ya que únicamente los que son iguales están en paz.

Esto deshace el principio fundamental del ego de uno u otro, que fue el nacimiento del ego – Dios o Su Hijo separado. El Hijo cree en su propia existencia, la cual solo pudo haber ocurrido a expensas del Padre: el Hijo

vive, el Padre muere. De esta manera, el mundo de las diferencias se hizo

realidad. La diferencia original entre Padre e Hijo se proyecta y se fragmenta, lo que resulta en nuestro percibir diferencias entre todos los

Hijos de Dios. Mientras que las diferencias físicas que nos distinguen a uno

de otro ciertamente existen en el mundo de la ilusión, estas son superficiales. La verdadera naturaleza de nuestra identidad en este mundo

es su comunidad: todos compartimos el mismo ego. Nuestra decisión de

nacer refleja la creencia de la mente dividida en la estrategia del ego de

protegerse a sí misma desapareciendo en el olvido al convertirse en un cuerpo. El verdadero propósito del mundo del ego es mantenernos sin mente, lo que también sirve para negar la similitud inherente de los Hijos de

Dios en la aparente culpa de los demás y en la inocencia de nosotros mismos.

Sin embargo, el hecho es que nuestra culpa proyectada permanece dentro de

nuestras mentes, al igual que la culpa de nuestros hermanos. Todos somos

culpables porque hicimos la misma elección loca por el ego, pero no pudimos dar nuestra culpa a los demás más de lo que ellos podrían recibirla

de nosotros. Simplemente reforzamos entre nosotros la creencia de que la culpa es la salvación, negando el pensamiento verdaderamente salvífico de la Expiación. La culpa es una (la creencia en intereses separados), como lo es el perdón (la creencia en intereses compartidos). Para repetir, aunque no se habla realmente sobre el perdón en este capítulo, la base de su sistema de pensamiento se establece aquí en la visión universal de similitud e igualdad del Hijo de Dios.

(III.3:3) Puesto que los Hijos de Dios gozan de perfecta igualdad, no pueden competir porque lo tienen todo. Los Hijos iguales de Dios tienen todo en el Cielo porque Ellos comparten por igual la perfecta Unidad y Amor del Padre. Sin embargo, también son iguales aquí, compartiendo la misma locura de especialismo en la que nadie está más o menos cuerdo que nadie. Si soy infeliz, no es porque robaste la felicidad de mí, más si tú eres infeliz, no es porque yo te la robé. Si todos somos iguales, ¿cómo podría haber competencia, la cual solo tiene sentido dentro de un mundo de separación y diferencias?

(III.3:4-5) Sin embargo, si perciben a cualquiera de sus hermanos de cualquier otra forma que no sea con perfecta igualdad es que se ha adentrado en sus mentes la idea de la competencia. No subestimes la necesidad que tienes de mantenerte alerta contra esa idea, ya que todos tus conflictos proceden de ella.

Si nos identificamos con el sistema de separación del pensamiento del ego, experimentaremos la enormidad de nuestra culpa, la pérdida de la inocencia debido a nuestra pecaminosidad percibida. Entonces debemos creer,

siguiendo la ley de privación que proviene de la proyección, que nos falta
inocencia porque otro la tomó. Esta es la raíz de toda competencia mundial:
¿quién tiene más dinero, el mejor negocio, equipo deportivo, automóvil,
niños, religión o maestro de Un Curso de Milagros? Todas estas formas se
basan en el contenido de hacer reales las diferencias, lo cual sigue siendo el
núcleo del sistema de pensamiento del ego.
De estas palabras queda claro cuán importante es la idea de la competencia
en la enseñanza de Jesús, y nosotros no debemos subestimar nuestra necesidad de estar alertas contra ella. Donde hay competencia, hay un ganador y un perdedor; el que triunfa y el que es vencido. Esto es porque al principio – todo proviene de "al principio" – creíamos en el mito del ego de que derrotamos a Dios, y que de Su cadáver extrajimos Su vida y Su poder creativo, estableciéndolos como nuestros. Pero entonces siguió el horrendo temor de que nuestras proyecciones están tratando de volverse a adentrar en ellas [nuestras mentes] (T-7.VIII.3:11), porque en nuestra aterrorizada locura, estábamos seguros de que Dios nos robaría la vida y el poder que le robamos a Él.
Para escapar de este terror, creamos un mundo de cuerpos, sin darnos cuenta de que trajimos con nosotros el sistema de pensamiento loco de la mente, recreando la locura del ego de que alguien nos quitará lo que es nuestro. Cada problema de autoridad, y todos tenemos un problema de autoridad, se basa en la idea única de que las poderosas autoridades en nuestras vidas se van a apoderar de lo que es legítimamente nuestro. Como

niños, todos nosotros hemos tenido la experiencia de que nuestros padres no nos amaron o no nos entendieron, no nos proporcionaron lo suficiente para nuestro bienestar. Muchos han sentido que sus padres no les permitieron crecer, ni les permitieron ser lo que querían ser. De hecho, en cierto nivel siempre sentimos, después de haberlo incorporado al sistema, que el mundo no nos dejará ser quienes somos, una clara proyección de nuestra decisión de no ser Quienes somos. Jesús está suplicándonos que reconozcamos la importancia de estar atentos a esta idea, otra expresión de la tercera lección del Espíritu Santo: "Mantente alerta sólo en favor de Dios y de Su Reino".

(III.3:6-7) Dicha idea es la creencia de que es posible tener intereses conflictivos, y significa, por lo tanto, que has aceptado que lo imposible es verdad. ¿No es lo mismo que decir que te percibes a ti mismo como si fueses irreal?

Los intereses en conflicto no son posibles en realidad. A medida que leemos el manual para el maestro, nos convertimos en maestros de Dios cuando tomamos la decisión de no ver los intereses de los demás como algo separado de los nuestros (M-1.1:2). Todos aquí tenemos intereses separados de los demás. Como ejemplo: quiero ganar, tú quieres ganar; quiero tener el control, tú quieres tener el control; quiero quitarte algo, quieres quitarme algo – esto es necesario en el mundo del ego, ya que todos tenemos intereses en conflicto. Fabricamos un mundo de escasez, y al día de hoy existe un temor creciente de no tener suficiente: no hay suficiente petróleo,

agua, oxígeno, alimentos, etc. Dado que nuestras necesidades nunca pueden

satisfacerse por completo, siempre tendremos que obtener algo de otros.

Este es el origen de todas las guerras, aunque en última instancia tienen que

ver con el pensamiento de escasez, no con los recursos naturales. Si no

reconocemos este pensamiento y lo deshacemos, no hay esperanza de paz

interna o externa.

El perdón deshace la idea de intereses en conflicto, basado en el principio

de un interés único: si tú pierdes, yo pierdo, porque somos uno; si yo gano,

tú ganas, porque somos uno. Ganar y perder no tienen nada que ver con el

mundo de los cuerpos, donde la verdadera igualdad es imposible, sino solo

con la decisión de la mente. Vemos a Jesús sentando las bases aquí para su

discusión sobre el perdón, al escuchar insinuaciones del tema que se desarrollará más plenamente en los movimientos posteriores de nuestra

sinfonía. Estas primeras declaraciones se centran en el reflejo de la unidad

que se nos pide que seamos: no ver los intereses de otro como separados de

los nuestros, lo que corrige la loca creencia de que podemos regresar a casa

sin llevar a todos con nosotros.

(VII.1:1-4) Siempre que le niegas la bendición a un hermano te sientes desposeído, ya que la negación es tan total como el amor. Negar parte de la Filiación es tan imposible como lo es amarla sólo en parte. No es posible tampoco amarla totalmente sólo a veces. No puedes estar totalmente comprometido sólo en algunas ocasiones.

Tratamos de privar a otros de una bendición y justificarla por cualquier razón que podamos imaginar, pero en verdad estamos privados porque creemos en la escasez, nos separamos de la Totalidad de Dios y de Su creación. Si a través del juicio y el ataque excluimos a alguien de la

Filiación, los hemos excluido a todos, porque la Filiación es una; y si amamos solo ciertas partes de la Filiación, las hemos atacado a todas.

El

perdón corrige esa exclusión enseñándonos la naturaleza todo-inclusiva del

amor, y con el tiempo aprendemos lo que significa estar totalmente comprometido todo el tiempo, reflejando el total "compromiso" de Dios con

Su Hijo.

(VII.1:5-6) La negación de por sí no tiene ningún poder, pero tú puedes conferirle el poder de tu mente, el cual es ilimitado. Si lo utilizas para negar la realidad, ésta desaparece de tu conciencia.

Esta es otra declaración del principio de Expiación. El poder de la mente es

tal que, aunque podemos creer que destruimos la realidad y fabricamos un

mundo de irrealidad para tomar su lugar, la realidad nunca puede desaparecer verdaderamente. Jamás se ve afectada por los pensamientos

locos de aquellos que creen que la destruyeron.

(VII.1:7-8) Es imposible apreciar la realidad parcialmente. Por eso es por lo que, cuando niegas parte de ella pierdes la conciencia de toda ella.

Todos somos parte de la realidad, y en estos primeros capítulos, Jesús nos

ayuda a entender que cuando sostenemos resentimientos contra otros y nos

centramos en sus faltas, nosotros solo nos atacamos a noso-tros mismos. El

Hijo de Dios es perfectamente uno y perfectamente completo, y cuando

creemos que incluso un aspecto de la perfección es imperfecto, estamos

diciendo que la totalidad es imperfecta. Sin embargo, el todo no puede existir sin sus partes, y aunque podemos ser conscientes de nuestra resistencia, nuestras mentes necesitan ser entrenadas para al final ver que,

cada ataque, expresado o no expresado, se dirige a nosotros mismos. Estos

pensamientos no son más que intentos mágicos de culpar a otro por nuestra miseria.

(VII.2:1) Cuando un hermano actúa insensatamente, te está ofreciendo una oportunidad para que lo bendigas.

El Capítulo 8 tiene una sección titulada "El encuentro santo" (T-8.III), que

establece que cada vez que nos reunimos con alguien es un encuentro santo.

Sin embargo, la santidad no tiene nada que ver con lo externo; no hay nada

santo o impío acerca de los cuerpos, sus relaciones, o su comportamiento.

Nuestros encuentros son santos porque nos ofrecen la oportunidad de reconocer las proyecciones de culpa que nos hemos impuesto. Si no fuera

por la presencia de personas en nuestras vidas, nunca podríamos tener acceso a la decisión de la mente por la culpa. La oportunidad de hacer esto

es la bendición que ofrecemos y recibimos de nuestros hermanos.

(VII.2:2-5) Su necesidad es la tuya. Tú necesitas la bendición que puedes darle. No hay manera de que tú puedas disponer de ella excepto

dándola. Ésa es la ley de Dios, la cual no hace excepciones.

Si te veo pecaminoso es porque primero me condené como pecaminoso.

Recordemos los principios resultantes de que, las ideas no abandonan su

fuente y que la proyección da lugar a la percepción, que enseñan que, aunque el pensamiento del pecado permanece en nuestras mentes, éstas

determinan cómo percibimos a los demás. Nuestra percepción interna determina nuestras percepciones externas, que a su vez refuerzan el sistema

de pensamiento en nuestras mentes con el cual nos hemos identificado:

pecado o santidad. La ley de la extensión ("la ley de Dios") significa que no

podemos recibir una bendición, excepto dándola, ya que lo que damos nos

recuerda lo que nuestras mentes han elegido. Esta es la base de nuestra necesidad de dar una bendición para saber que la hemos recibido: las ideas no abandonan su fuente. Entonces, aprendemos que somos perdonados.

(VII.2:6) Careces de aquello que niegas, no porque haya carencia de ello, sino porque se lo has negado a otro, y, por lo tanto, no eres consciente de ello en ti.

Cuando negamos al Cristo en los demás, reforzamos la creencia de que nos

falta Cristo y nuestro ataque a otro lo afirma. Estos ataques intentan negar

lo que secretamente creemos que es la verdad, que no tenemos la inocencia

de Cristo porque la tiramos a la basura. En lugar de lidiar con la increíble

culpa de nuestra pecaminosidad, llevamos la responsabilidad de ella a otros

y los atacamos por ello, todo lo cual niega el principio de Expiación que establece que no es posible ninguna carencia en ninguna parte de la Filiación.

(VII.2:7-8) Lo que crees ser determina tus reacciones, y lo que deseas ser es lo que crees que eres. Lo que deseas ser, entonces, determina forzosamente todas tus reacciones.

¿Queremos ser niños del ego o de Dios? La decisión que tomamos, elegir

de qué maestro aprende-remos, determina nuestras percepciones y respuestas: la proyección da lugar a la percepción. Decidir que la culpa es

real significa que percibimos un mundo de culpa que justifica nuestras reacciones defensivas de juicio y ataque. Por otro lado, hacer del perdón

nuestra realidad significa que consideramos un mundo de inocencia, que

conduce a nuestras reacciones de indefensión y amabilidad.

(VII.3:1-3) No necesitas la bendición de Dios porque de ella ya dispones para siempre, pero sí necesitas la tuya propia. La imagen que el ego tiene de ti es la de un ser desposeído, vulnerable e incapaz de amar.

No

puedes amar semejante imagen.

En verdad, no podemos amar a un yo que no es amable, pero, paradójicamente, amamos a este "despo-seído, vulnerable e incapaz de amar" autorretrato, porque en presencia del amor verdadero no existimos como individuos. Nosotros amamos al ego porque nos da nuestra identidad, aunque a través de la proyección damos las partes de nuestro yo que no nos gustan. Es imperativo ver esta locura por lo que es; de lo contrario no seremos capaces de elegir contra la maldita culpa del ego y de aceptar la bendición del Amor de Dios. Este es uno de los temas centrales y recurrentes de la sinfonía de Jesús.

(VII.3:4-6) Sin embargo, puedes escaparte muy fácilmente de ella abandonándola. Tú no formas parte de esa imagen, ni ella es lo que tú eres. No veas esa imagen en nadie, o la habrás aceptado como lo que eres tú.

Aquí nuevamente, Jesús nos dice que la forma de recordar quiénes somos es primero pidiendo ayuda para ver a Cristo en alguien más, otro precursor del tema del perdón. Como creemos que somos criaturas del mundo - viviendo en cuerpos que interactúan con otros cuerpos, pensando que existen problemas entre cuerpos en nuestras relaciones especiales - Jesús presenta su mensaje en este nivel, aunque el problema y su curación existen solo en los pensamientos de la mente que nunca abandonan su fuente. Si queremos conocer al maestro que elegimos, debemos prestar atención a cómo pensamos acerca de nuestras actuales relaciones. Si no percibimos una similitud inherente con los demás, creyendo en cambio que nuestros intereses están separados de los de ellos, sabremos que hemos elegido el ego. Esta es información útil porque, aunque elegimos no abandonar

nuestras percepciones erróneas, al menos podemos saber lo que estamos haciendo, lo cual es el primer paso para corregir las decisiones equivocadas de la mente. Mientras vemos como nuestros cuerpos perciben equivocadamente a los cuerpos de los demás, el Espíritu Santo nos conduce suavemente a la comprensión de que lo que vemos en ellos es una proyección de la decisión de la mente por el ego, una decisión que ahora podemos cambiar felizmente.

(VII.3:7-8) Todas las ilusiones acerca de la Filiación se desvanecen al unísono tal como fueron forjadas al unísono. No le enseñes a nadie que él es lo que tú no querías ser.

Si estoy enojado contigo, declaro que tú eres un ego y que yo soy Cristo -

mi inocencia frente a tu culpa. Pero si te acuso de pecado, debo acusarme a

mí mismo también, ya que somos uno. Jesús nos ayuda a exponer la crueldad de las proyecciones que el ego nos dijo que nos salvarían.

Proyectar la culpa no ataca a otro; nos ataca a nosotros, porque es un ataque

que existe solo en nuestras mentes. A medida que vemos más y más lo que

estamos haciendo, el abrigar resentimientos dará como resultado sentimientos de creciente malestar e inquietud. Estos ayudarán a aprender a

asociar el ataque con el dolor y el perdón con la alegría.

(VII.3:9-11) Tu hermano es el espejo en el que ves reflejada la imagen que tienes de ti mismo mien-tras perdure la percepción. Y la percepción perdurará hasta que la Filiación reconozca que es íntegra. Tú inventaste la percepción, y ésta perdurará mientras la sigas deseando.

Esta es la primera declaración clara del importante subtema del perdón: "Tu

hermano es el espejo en el que ves reflejada la imagen que tienes de ti mismo ... ". No sabíamos que teníamos una imagen tan miserable, pero

entendiendo que todo lo que vemos en los demás es una proyección o

espejo de nosotros mismos, vemos la conexión entre los pensamientos de

ataque de la mente y nuestros sentimientos de miseria. También vemos cuán

maravilloso se siente soltar nuestras proyecciones, el feliz presagio de liberar toda percepción y regresar a la totalidad del conocimiento.

¿Qué otra

motivación necesitamos para cambiar nuestras mentes sobre lo que queremos?

(IX.1:3) ¡No prives a la Filiación de tus regalos o te privarás a ti mismo de Dios!

No podemos alcanzar a Dios excluyendo a nadie, ya que Su Unidad perfecta es la única realidad. Los estudiantes deben desconfiar de la tentación de proteger su culpa aplicando mal la metafísica del Curso, diciendo, por ejemplo, que las personas son irrelevantes, o que nadie está

aquí para ser perdonado de todos modos. Si estuviésemos seguros de que

uno realmente no está aquí, no tendríamos que decir eso si realmente lo

creyésemos. A la luz de esto, siempre y cuando creamos que somos cuerpos, las relaciones son vitales porque no podemos regresar a casa mientras preservamos nuestra culpa proyectándola en nuestros socios especiales de amor y odio.

(IX.4:3) Excluye cualquier parte del Reino y no podrás gozar de plenitud.

Esta es la misma idea que vimos arriba. Nuestra identidad no es el ser individual y especial, sino la totalidad de Cristo. Si excluimos cualquier aspecto de la Filiación de esa totalidad, nos excluimos, lo que por supuesto,

es la meta perenne del ego. El ego hizo una proyección – es decir, la ira –

como una forma de justificar sus ataques, y los medios para declarar nuestra inocencia: "Mi ira demuestra tu culpa y mi inocencia". Una vez más, la mente no puede cambiar a menos que esta dinámica sea expuesta,

porque necesitamos saber contra qué estamos eligiendo en contra.

Este tema

central en nuestra sinfonía es más que familiar: no hay excepciones al Amor

del Espíritu Santo, por lo que no puede haber ninguna en el nuestro.

Jesús

dice:

(XI.4) Te exhorto a recordar que te he escogido a ti para que le enseñes al Reino lo que es el Reino. Esta lección no admite excepciones porque la falta de excepciones es la lección en sí. Cada Hijo que regresa al Reino con esta lección en su corazón ha sanado a la Filiación y ha dado gracias a Dios. Todo aquel que aprende esta lección se convierte en el maestro perfecto porque la ha aprendido del Espíritu Santo.

La enseñanza del Espíritu Santo se completa cuando nos enteramos de que

un hermano es todos los hermanos, lo que nos incluye a nosotros mismos.

Lo que hace que el perdón sea particularmente difícil de aprender es que no

permite excepciones. Esta es una de las claves del Curso, la corrección curativa para el pilar principal del especialismo del ego que es lo que mantiene a nuestro ser.

(XI.5:1-6) Cuando una mente contiene solamente luz, conoce solamente

la luz. Su propia luminis-cencia alumbra todo en su derredor, y se extiende hasta la penumbra de otras mentes, y las trans-forma en majestad. La Majestad de Dios se encuentra en ellas para que la reconozcas, la aprecies y la conozcas. La manera de aceptar tu herencia

es reconociendo la Majestad de Dios en tu hermano. Dios sólo da de manera equitativa. Si reconoces Su don en cualquiera, habrás reconocido lo que Él te ha dado a ti.

Sin embargo, no podemos reconocer el regalo en otros o en nosotros mismos si no lo generalizamos a todos. Esto requiere una vigilancia continua, ya que nuestra existencia se basa en el supuesto de que existen

buenas y malas personas. La diferenciación entre el bien y el mal está integrada en nuestra composición genética, por así decirlo, porque así es

como comenzó el sistema de pensamiento del ego. Y terminará cuando reconozcamos la presencia universal de luz en todos los Hijos de Dios, sabiendo que Su Majestad es la nuestra. La oscuridad del ego, que hasta

ahora habíamos acogido en nuestras mentes, desaparece suavemente al

mirar con ojos perdonados más allá de la luz radiante de la Expiación.

(XI.7:10-11) El Reino de Dios incluye a todos Sus Hijos y a los hijos de éstos, que son tan semejantes a los Hijos como éstos son semejantes al

Padre. Conoce, entonces, a los Hijos de Dios, y habrás conocido a toda la creación.

"Toda la creación" es Quienes somos como Cristo con nuestras creaciones,

que son parte de nosotros como la extensión de nuestro Ser, ya que somos

parte de Dios a través de la extensión de Su Ser. Conoceremos nuestra

Identidad como un único espíritu al aprender a ver su reflejo en la misma

mente dividida que existe en todos. Sin embargo, nuestro miedo a la Unidad

perfecta del Cielo nos causa resistencia. La práctica diaria requiere una vigilancia continua para el ego si queremos deshacerlo. Es nuestro deseo de

conocer el Amor del Padre lo que nos impulsa a seguir adelante con el viaje, y buscando en el otro el reflejo de nuestra Unidad como Cristo que

había sido oscurecida por el miedo al amor.

Curación

Pasamos ahora a la curación, que, como hemos visto, no es diferente del

perdón; simplemente corrige la culpa expresada en otra forma; es decir, en

enfermedad. Notaremos que se dice muy poco sobre la enfermedad física,

porque la curación no tiene nada que ver con el cuerpo. Es solo la mente la

fuentes de nuestros síntomas, y solo la mente es la fuente para deshacerlos al

elegir el milagro.

(IV.1:4) La curación no procede directamente de Dios, Quien sabe que Sus creaciones gozan de perfecta plenitud.

Del mismo modo, se nos dice en el libro de ejercicios: "Dios no perdona

porque nunca ha condenado" (L-pl.46.1:1). Dios no sabe acerca del perdón que corrige el error de la separación del cual Él no sabe nada, como también es el caso de la curación, la cual corrige un error que para Dios no existe.

Para nuestra Fuente, el hacerlo de manera diferente sería violar el mandato de Jesús de no hacer que el error sea real (por ejemplo, S-2.I.3:3-4). Sin embargo, la curación es el reflejo de la integridad del Cielo y, por lo tanto, indirectamente de Dios a través de Su Voz, el recuerdo del amor que está en nuestras mentes correctas.

(IV.1:5) Aun así, la curación sigue siendo parte del ámbito de Dios porque precede de Su Voz y de Sus leyes. Estas leyes son la fuente de la curación: amor e integridad. La curación refleja las leyes de Dios, tal como el Espíritu Santo (el recuerdo de Quienes somos como Cristo) y Su Expiación (que la separación nunca ocurrió) reflejan la unidad del Cielo.

(IV.1:6-8) Es el resultado de éstas, en un estado mental que no conoce a Dios. Ese estado le es desconocido a Él, y, por lo tanto, no existe, pero aquellos que duermen no son conscientes. Puesto que no son conscientes, no saben nada.

Jesús nuevamente deja en claro que nada aquí es real; Dios no sabe acerca de la separación, el mundo, la enfermedad, el perdón o la curación. No puede conocer lo que no es real, porque Su conocimiento le daría una realidad que no tiene. Es por eso que los egos Occidentales aman la Biblia, donde Dios no solo sabe sobre el mundo e interactúa con él, sino que es su Creador. El ego también ama al Jesús bíblico, porque él también hace realidad el error de la separación y el pecado. El ego bendice los intentos de los estudiantes de Un Curso de Milagros para traer a Dios, el Espíritu Santo y Jesús a su sueño, asegurando que su sueño nunca termine. Este error

resalta las importantes implicaciones de declaraciones como las anteriores;

de nuevo, ¿cómo puede Dios intervenir en un mundo que le es desconocido?

(IV.2:3-6) Los milagros que el Espíritu Santo inspira no pueden entrañar grados de dificultad porque todas las partes de la creación son

de un mismo orden. Ésa es la Voluntad de Dios y la tuya. Las leyes de Dios así lo estipulan, y el Espíritu Santo te lo recuerda. Cuando curas, estás recordando las leyes de Dios y olvidándote de las del ego.

No hay "grados de dificultad" en la curación o en los milagros porque solo

hay un problema: recurrir al ego en lugar de al Espíritu Santo. A partir de

esto, solo hay una solución: revertir nuestro paso en falso y elegir contra la

locura del ego. ¿Qué podría ser más simple? Se deduce, entonces, que la

fuerza de toda inquietud, dolor y miedo – en cualquier nivel – es que hemos

elegido al ego como nuestro maestro. Al identificarnos con su sistema de

pensamiento, cuyo núcleo proclama la realidad de la separación, culpamos

a causas externas. La enfermedad se convierte en una forma de culpar a

alguien o a otra cosa por nuestro dolor – cualquier cosa sirve para distraer la

mente y enfocarla en el cuerpo, el nuestro o el de otro.

Para reafirmar el punto central, el recordar las leyes de Dios, tal como se

reflejan en la mente dividida, ocurre cuando aprendemos que no tenemos

intereses separados el uno del otro porque somos iguales, en contraste con

las leyes de especialismo del ego que acentúan las diferencias que parecen

mantenernos separados.

(IV.4) Todas las capacidades deben entregársele, por lo tanto, al Espíritu Santo, Quien sabe cómo usarlas debidamente. Las usa

exclusivamente para curar porque únicamente te conoce en tu plenitud.

Al curar aprendes lo que es la plenitud, y al aprender lo que es la plenitud, aprendes a recordar a Dios. Te has olvidado de Él, pero el Espíritu Santo entiende que tu olvido tiene que ser transformado en una forma de recordar.

Este importante tema de Un Curso de Milagros se enunciará a lo largo de

nuestro retrato sinfónico del texto: el Espíritu Santo toma lo que hicimos

para separar, matar y reforzar la culpa, y lo transforma en un aula en la que

desaprendemos las lecciones del ego. Aprendemos a olvidar la separación

del ego y a recordar la Expiación del Espíritu Santo.

(IV.5:1-3) El objetivo del ego es tan unificado como el del Espíritu Santo, y por ello sus respectivos objetivos jamás podrán reconciliarse en modo alguno ni desde ningún punto de vista. El ego siempre trata de

dividir y separar. El Espíritu Santo, de unificar y curar.

Una vez más, se habla del ego y del Espíritu Santo como si fueran miembros de la especie homo sapiens. En verdad, sin embargo, no son más

que pensamientos, términos específicos para expresar simbólicamente un

proceso no-específico que ocurre en la mente. Cuando el tomador de decisiones elige el ego, se separa, divide y culpa a los demás. Cuando elige

al Espíritu Santo, comprende que compartimos la misma necesidad de Expiación y, en última instancia, el mismo Cristo.

(IV.5:4-5) A medida que curas, eres curado, ya que el Espíritu Santo no ve grados de dificultad en la curación. Curar es la manera de desvanecer la creencia de que existen diferencias, al ser la única manera de percibir a la Filiación como una sola entidad.

"A medida que curas, eres curado" es lo mismo que decir "mientras enseñas, aprendes", ya que dar y recibir son lo mismo y las ideas no abandonan su fuente. La curación, nuevamente, no tiene nada que ver con el

cuerpo, ya sea la imposición de manos, pronunciar palabras sagradas o

realizar ciertos rituales. Al aprender del Espíritu Santo, reconocemos que son solo nuestras mentes las que se curan, porque la enfermedad solo reside en la loca elección por el ego. Los términos clave en este pasaje son "diferencias" y "como una". Siempre debemos recordar que el concepto de diferencias está en la raíz del sistema del ego y su mundo, y aunque no podemos percibir directamente a la Filiación como una porque tenemos demasiado miedo, podemos comenzar a deshacer la creencia en intereses separados o diferentes y darnos cuenta de la locura de creer que podemos ser felices a expensas de los demás. Lo que nos acelera a lo largo del viaje es mirar el mundo que nos rodea – por ejemplo, lo que leemos en los periódicos o miramos en las noticias – y ver su locura. El mundo se basa en el principio de uno u otro, y tenemos que mirar esto sin juzgar ni temer, con una sonrisa amable que ve más allá de las ilusiones hacia la verdad. También examinamos el especialismo de nuestras vidas con la misma falta de juicio. (IV.5:6-7) Esta percepción, por lo tanto, está en armonía con las leyes de Dios, aun cuando tiene lugar en un estado mental que no está en armonía con el Suyo. La fuerza de la percepción correcta es tan grande que pone a la mente en armonía con la Mente de Dios, pues se encuentra al servicio de Su Voz, la cual mora en todos vosotros. A pesar de que nuestras mentes divididas están dormidas, aún podemos experimentar el reflejo de la Unidad, la unidad de Cristo, mirando a través de los ojos de la percepción correcta para ver los intereses de la Filiación fragmentada como uno. Después de todo, dado que la Voz del Espíritu Santo está en la mente de todos, cada miembro de la Filiación debe

compartir el propósito común de aprender a elegir Su Expiación en lugar de la separación del ego.

Jesús continúa su discusión sobre la curación, en el contexto del tema de olvidar y recordar:

(IV.7:7-12) Curar es una manera de olvidar la sensación de peligro que el ego ha sembrado en ti, al no reconocer la existencia de éste en tu hermano. Esto refuerza al Espíritu Santo en ambos porque significa que te has negado a darle validez al miedo. El amor sólo necesita esta invitación. El amor llega libremente a toda la Filiación, al ser lo que la Filiación es. Cuando despiertas al amor, estás simplemente olvidando lo

que no eres, lo cual te capacita para recordar lo que sí eres.

La curación deshace el sistema de pensamiento del ego del miedo y la proyección al olvidar lo que nos enseñó. Esto no es negación, sino simplemente elegir contra la ilusión y recordar el amor que ha esperado por

nuestra invitación. Pasamos de las imágenes de especialismo del ego hacia

el propósito que compartimos con todos nuestros hermanos. El miedo se fue

y el amor volvió a ocupar el lugar que le corresponde en nuestras mentes.

(V.2:1-2) Sólo las mentes pueden comunicarse. Puesto que el ego no puede destruir el impulso de comunicar porque es también el impulso de crear, sólo puede enseñarte que el cuerpo puede comunicarse así como crear, y, por ende, que no tiene necesidad de la mente.

Este es nuestro mundo, en el que creemos que los cuerpos crean vida, por

eso, por ejemplo, la maternidad es celebrada en tan alta estima. Una vez que

creamos los cuerpos, creíamos que cada uno podía comunicarse con otro.

Todo esto no es más que parte del arrogante sistema de pensamiento del

ego, basado en su loca creencia de que ha usurpado el poder creativo de

Dios. Esta locura está protegida por la estrategia de falta de mente del ego,

que garantiza que nunca pueda ser cuestionado por la mente que puede

elegir la cordura de la corrección del Espíritu Santo.

(V.2:3-7) El ego, por consiguiente, trata de enseñarte que el cuerpo puede actuar como la mente y que es, por lo tanto, autosuficiente. Sin embargo, hemos aprendido que ni la enseñanza ni el aprendizaje tienen

lugar en el nivel del comportamiento, toda vez que puedes actuar de acuerdo con lo que no crees. Al hacerlo, sin embargo, pierdes fuerza como maestro y como estudiante porque, tal como se ha señalado repetidamente, enseñas lo que crees. Las lecciones contradictorias se enseñan mal y se aprenden mal. Si enseñas enfermedad y curación, eres

al mismo tiempo un mal maestro y un mal estudiante.

El mundo enseña que la enfermedad es real, como lo es la curación.

Sin

embargo, no pueden existir las dos. La curación meramente expone la enfermedad por la ilusión que es, cura la mente y no tiene nada que ver con

el cuerpo. Recuerda que el cuerpo no se enferma ni se cura, porque todo

sucede en la mente. La dificultad para aceptar esta verdad reside en nuestra

atracción como entidades individuales por el mundo y el cuerpo. Esto es

comprensible dentro de la ilusión, pero difícilmente es útil para despertarnos de las pesadillas de culpa y ataque del ego. Necesitamos reconocer que Jesús no habla de cuerpos cuando habla de curación, y se

dirige solo a nosotros como mentes tomadoras de decisiones, pidiéndonos

que enseñemos, a través del ejemplo, nuestra indefensión, la posición suprema de la mente en nuestra salvación. Este tema se hará cada vez más

claro a medida que continuamos nuestro viaje sinfónico a través del texto.

(V.3:1-4) La capacidad de curar es la única capacidad que cada persona puede y debe desarrollar si es que se ha de curar. Curar es el medio de comunicación del Espíritu Santo en este mundo, y el único

que acepta. No reconoce ningún otro porque no acepta la confusión que el ego tiene entre mente y cuerpo. Las mentes se pueden comunicar, pero no pueden hacer daño. Las mentes pueden creer que pueden dañarse, pero esto es imposible porque no hay nadie para hacer daño, más de lo que había un Dios al que pudiésemos hacer daño cuando creímos que nos separamos de Él. Cambiar el maestro de la mente del ego al Espíritu Santo sigue siendo el núcleo de la curación, el efecto alegre de elegir la Expiación y la verdadera comunicación. Este cambio refleja el creciente reconocimiento de que el cuerpo es el efecto de las decisiones tomadas por la mente, la verdadera causa de todo lo que pensamos, sentimos, decimos y hacemos. (V.3:5) El cuerpo, al servicio del ego, puede hacer daño a otros cuerpos, pero eso no puede ocurrir a no ser que ya se le haya confundido con la mente. Nadie puede dañar un cuerpo a menos que la mente crea que es un cuerpo que puede ser víctima y ser dañado, convirtiéndose en el objeto del pecado de otra persona. De hecho, esta es la razón por la que hicimos cuerpos para ser tan vulnerables. Al hacer que alguien o algo nos ataque, física y/o psicológicamente, mantenemos nuestra identidad separada, pero culpando a otro por ello. De nuevo, los cuerpos se dañan solo porque la mente quiere que sean dañados – por una persona, microorganismo o por el propio cuerpo. Como se explicará con mayor profundidad en los próximos capítulos, el hecho de que el cuerpo sea tan susceptible al dolor nos permite justificar la culpa de otros por nuestro sufrimiento, y que Dios los castigue en lugar de a nosotros. (V.3:6) Esta situación, no obstante, puede usarse en beneficio de la

curación o de la magia, pero debes recordar que la magia siempre implica la creencia de que la curación es algo perjudicial.

La mente se cura cambiando nuestras decisiones de mentalidad-errada. Para

el ego, esto es dañino, lo cual es el por qué incluso en los círculos espirituales hay un enfoque frecuente en la curación del cuerpo. La verdadera curación, siempre de la mente, da miedo porque la elección del

tomador de decisiones por el Espíritu Santo deshace la creencia del ego en

la separación y es una amenaza para nuestra identidad individual. La magia,

siempre del cuerpo, es la curación del ego, porque defiende contra la amenaza de la curación de la mente, preservando así nuestro ser especial.

(V.4) La curación tan sólo fortalece. La magia siempre procura debilitar. La curación no percibe nada en el sanador que todos los demás no compartan con él. La magia ve siempre algo "especial" en el sanador, que él cree que puede ofrecer como regalo a aquellos que no lo

tienen. Puede que dicho sanador crea que ese regalo proceda de Dios, pero resulta evidente que no entiende a Dios si cree tener algo que los demás no tienen.

Esto se discutirá en mayor profundidad en el noveno movimiento de nuestra

sinfonía, en el contexto de "El sanador no sanado". También es un tema

principal del tercer capítulo de El Canto de la Oración, que habla sobre falsos sanadores que creen que tienen poderes especiales, creyendo en su

don especial de curación, por ejemplo, viene de Dios o del Espíritu Santo.

Sus dones proclaman, en el mismo espíritu que ya hemos discutido: "Tengo

algo que te falta. Toca mis manos curativas y siente la cálida energía del

Espíritu Santo, o escucha mis inspiradas palabras de Dios y sé sanado". Sin

embargo, esta "sanación-para-separar" (S-3.III.2:1) es el objetivo del ego

porque no se basa en la igualdad. Es la elección de la debilidad de la separación sobre la fuerza de los intereses compartidos, que la verdadera

curación revierte suavemente.

Lo que necesita curación no es el cuerpo, sino la mente engañada que cree

que es un cuerpo. Si soy un "sanador" quien intenta curar a otros, nuevamente tengo algo que les falta a ellos y así refuerzo la idea de la separación que es la enfermedad. Aunque mi arrogancia impide esta conciencia, la verdadera causa de mi enfermedad es pensar que soy un

sanador especial. La verdad es que todos somos sanadores, ya que cada uno

de nosotros tiene la misma habilidad para cambiar la mente y ser un ejemplo para los demás, diciendo: "Puedes tomar la misma decisión de mentalidad-correcta que yo tomé". Esto es lo único que cura, ya que deshace la creencia de que somos diferentes unos de otros, lo que luego

deshace la creencia fundamental del ego en la separación.

El resto de esta sección trata esencialmente sobre el sanador no sanado o

"temeroso". Mientras la creencia en la separación permanece y es inherente

a lo que hacemos, habrá miedo. La separación siempre genera miedo, y

aunque podemos estar ayudando a otros en el nivel de forma, si creemos

que esto es algo de Dios y que nosotros somos diferentes de aquellos a quienes ayudamos – que tenemos este maravilloso regalo – reforzamos y

sembramos las semillas para más separación y enfermedad futura. Sin embargo, aunque la curación es independiente de la forma, no significa que

si tenemos una habilidad que ayuda a otros, no debemos usarla, pero no

necesitamos participar en la ilusión de especialismo de que somos de alguna

manera diferentes de aquellos a quienes ayudamos. En otras palabras, no

debemos pensar nuestras habilidades son valiosas en sí mismas.

Nuestras

diferencias en la forma no son más que expresiones superficiales que no

pueden ocultar el contenido de la igualdad inherente de los Hijos de Dios.

Esta es la diferencia crucial entre el amor especial del ego y el de Dios, como ahora leemos:

V.5: 7-10) El amor es incapaz de cualquier excepción. Sólo si existe el temor hace la idea de excepciones parecen ser significativos. Las excepciones son temerosos porque están hechos por el miedo. El “sanador miedo” es una contradicción en los términos, y por lo tanto es

un concepto que sólo una mente en conflicto podría percibir como significativo.

Sabemos que somos sanadores temerosos (o no sanados) cuando no aceptamos a todos los miembros de la Filiación como hermanos, y esto lo

hacemos cuando creemos que estamos separados de ellos. Nuestras protestas, por el contrario, dicen que no los amamos, sino que les tememos,

porque este es el resultado inevitable de ver a los demás como diferentes,

sin lo cual no hay especialismo. Esto solo nos hace infelices y nos sentimos

aún más conflictivos que antes; y, eso fortalece, no debilita, el sistema de

pensa-miento de separación y miedo del ego.

(V.6.1-12) El miedo no produce alegría. La curación sí. El miedo siempre hace excepciones. La curación nunca las hace. El miedo produce disociación porque genera separación. La curación siempre produce armonía porque procede de la integración. Es predecible porque se puede contar con ella. Se puede contar con todo lo que es de

Dios porque todo lo que es de Dios es completamente real. Se puede contar con la curación porque la inspira Su Voz, y procede de acuerdo con Sus leyes. Mas si la curación es consistente tu entendimiento acerca

de ella no puede ser inconsistente. El entendimiento significa consistencia porque Dios significa consistencia. Puesto que ése es Su

significado, es también el tuyo.

Una vez más, la bandera roja que nos alerta sobre la elección de la mente

por el ego es nuestro hacer excepciones en la perfecta Unidad de Dios, viendo a Su Hijo como fragmentado. La culpa es inevitable porque nos acusamos a nosotros mismos de ser inconsistentes en el amor: algunas veces amamos a algunas personas por algunas cosas. Esta inconsistencia es

otro sello distintivo de separación y ataque, el pan y la mantequilla del ego.

Proyectando nuestro percibido pecado, no podemos evitar acusar a otros de

ser inconsistentes en su amor y, por lo tanto, de que son poco confiables. No

podemos contar con nadie, incluido Dios, porque secretamente creemos que

hemos traicionado la consistencia del amor y, como resultado, nuestro propio significado. En cambio, la inconsistencia se convierte en el significado de nuestros días y horas, ya que mientras buscamos percibirlo

en otros, incluido Dios, nuestro pecado permanece sin sanar.

(V.7:1-4) El sanador que no ha sanado desea la gratitud de sus hermanos, pero él no les está agradecido. Ello se debe a que cree que les

está dando algo y que no está recibiendo algo igualmente deseable a cambio. Lo que enseña se ve limitado por lo poco que está aprendiendo.

Su lección de curación se ve limitada por su propia ingratitud, que es una lección de enfermedad.

Si creo que tengo una habilidad de la que carece la persona enferma, estoy

tan enfermo como el que creo que necesita curación. Como sanador no sanado, no puedo agradecerles a mis hermanos, porque los veo como diferentes de mí y no veo en ellos el espejo de la unidad subyacente de la

Filiación, que es lo que necesito recordar. De nuevo, debemos querer recordar lo inmutable en el Hijo de Dios para olvidar el cambio de la separación, que el ego nos hace percibir y hacer realidad. Leemos:

(V.8) Eso es exactamente lo que estás aprendiendo cuando llevas a cabo

una curación. Estás reconociendo que la mente de tu hermano es inalterable, al darte cuenta de que es imposible que él hubiese podido efectuar un cambio en ella. Así es como percibes al Espíritu Santo en él.

El Espíritu Santo en él es el único que nunca cambia Su Mente. Tu hermano tal vez piense que puede cambiar la suya, o, de otro modo, no se percibiría a sí mismo como enfermo. No sabe, por lo tanto, lo que es su Ser. Si sólo ves en él lo inalterable en realidad no lo has cambiado.

Al cambiar de mentalidad acerca de su mente por él, le ayudas a anular el cambio que su ego cree haber efectuado en él.

Nuestra única responsabilidad, paralelamente a la aceptación de la Expiación para nosotros mismos (T-2.V.5:1), es elegir al Maestro de mentalidad-correcta, Quien sana nuestras mentes corrigiendo suavemente

nuestra decisión por la mentalidad-errada al haber sustituido la ilusión por

la verdad. Al reconocer el error de creer haber cambiado la inmutabilidad,

le recordamos a la Filiación que nunca abandonó al Inmutable; solo en nuestros sueños de pesadilla de pecado ocurrió lo imposible. El pedirle ayuda al Espíritu Santo refleja la decisión de abrir nuestros ojos y mirar lo

inmutable en nuestros hermanos. El cambio ha sido llevado a la inmutabilidad, somos sanados como uno.

A través de la discusión sobre el perdón y la curación, este capítulo nos ha

reflejado la Unidad del Cielo, nuestra verdadera realidad. Aceptar la enseñanza del Espíritu Santo deshace el sistema de pensamiento del ego,

que básicamente no es nada, aunque parece ser gigantesco en tamaño y

alcance, diciéndonos que la unidad es una ilusión y que las diferencias son

reales. Nuestro Maestro nos ayuda a aprender a vernos compartiendo los

mismos intereses con todos - la necesidad de escapar de la locura del ego -

y esta percepción correcta es el peldaño que nos lleva a casa, a la
Unidad

que nunca abandonamos.

Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth
Wapnick.

Traducción al Español por Daniel Bezveselny

Grupo de estudio en Telegram

Viaje a través del Texto de Un Curso de Milagros por Kenneth
Wapnick.